

«HABÍA BAJADO DE SATURNO»
JOSÉ DE VARGAS PONCE EN LA REPÚBLICA DE LAS LETRAS¹

*

por Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS
(CSIC, Madrid)

«Salud y contentamiento.»
Saludo que encabeza muchas
cartas de Vargas Ponce.

«Don José de Vargas Ponce, digno de
recuerdo por tantos motivos diversos»
(Solís, 1987, p. 304a).

SUMARIO: 1. Vargas Ponce, aprendiz de hombre de letras.— 2. Jovellanos y Ceán Bermúdez opinan sobre Vargas Ponce, o qué lugar debe ocupar el literato en la sociedad.— 3. Papel de Vargas Ponce en la República del Conocimiento. Las letras como refugio.— 4. Ambrosio de Morales, el modelo humanista de Vargas Ponce, o contra el nuevo hombre de letras.— 5. Vargas Ponce plagiarlo. El ataque de Forner.— 6. El Elogio de Ambrosio de Morales como elogio de la Historia y de la educación.— 7. Vargas Ponce, escritor de cartas.— 8. Los cambios de

¹ En este trabajo no se tienen presentes, si no es incidentalmente, las obras de creación literaria de Vargas ni las que dedicó a la Historia de la Marina y a la educación, que se estudian en otros artículos reunidos en este volumen. Terminado el presente, tuve conocimiento del libro de Fernando Durán (1997), de cuyas aportaciones no pude beneficiarme.

la Guerra de la Independencia. Vargas, escritor público.— 9. Vargas Ponce, político.— 10. Hacia 1821. Un genio saturnino de la República de las Letras.— 11. Bibliografía.

La vida de José de Vargas Ponce abarca un arco de tiempo importante en la historia de España. Del sistema monárquico absolutista se pasa a otro en el que la Constitución determina, por presencia o ausencia, nuevas actitudes, llegando a dividir a los españoles. Vargas Ponce, como tantos contemporáneos suyos, vivió esos años de cambio y padeció los vaivenes de la fortuna y de la política.

Esta época de cambio, que de forma tan dramática se notó en la vida política española, también dejó huellas en la vida literaria y en esta última Vargas Ponce participó de forma más activa y durante más tiempo que en la otra. Por esta actividad sufrió postergación, pero gracias a ella consiguió fama y distinciones, algunas muy pronto, como su entrada en la Real Academia de la Historia (1786) o, antes, con veintidós años, el premio de la Española a su *Elogio de Alonso el Sabio*, en 1782.

Aunque la obra de Vargas sea más valiosa por sus aportaciones históricas y eruditas que por las de creación y estética, en ningún momento es ajeno al decurso de los movimientos literarios, como manifiestan sus tragedias teatrales —algo tardías, sin embargo, cuando se está ya intentando el nuevo camino de la sentimentalidad— y su participación en la polémica sobre el calderonismo, del lado de Böhl de Faber, en 1814, que daría pie más tarde al debate sobre la condición del Romanticismo reaccionario.

Vargas Ponce, aprendiz de hombre de letras.

Vargas Ponce, nacido el 10 de junio de 1760, inicia muy pronto su andadura en la República de las Letras. Con sólo dieciocho años escribe a Cadalso una carta comentando *Los eruditos a la violeta*, que parece le impresionaron notablemente. Esta carta, publicada por Simón Díaz (1947), tiene gran interés porque manifiesta, ya desde muy pronto, la conciencia que tenía su joven autor de que dedicarse a las letras significaba formar parte de un grupo específico con características propias. El orgullo ante tal actividad es evidente, igual que lo es el hecho de ser ambos escritores militares —armas y letras están unidas en Vargas—. Con esta carta de 1777, un joven Guardia Marina se dirige a otro militar que ha compuesto una obra *sobre* la vida literaria. Vargas Ponce se sirve de ella para dar, también él, sus ideas sobre lo que debe ser un escritor. En cierto modo es un adelanto, un programa de lo que será su laboriosa vida de literato, embebido siempre en la lectura, trabajando en archivos y gabi-

netes, «siempre —escribe— con el lápiz o la pluma en la mano», «viajando con la pluma en la mano», leyendo «con la pluma en la mano desde [mi] puericia» (Fernández Duro, 1894, pp. 516, 519, 531).

Como se verá después, a Vargas le gustaba describirse a sí mismo trabajando — en este caso, un ejercicio metaliterario— y detallar sus jornadas laborales. Aquí, en su carta a Cadalso, esa atención la dedica al entorno, al gabinete de estudio en que se encuentra: aposento que

está en un espacioso entresuelo guarnecido a derecha e izquierda de dos robustos estantes con gran número de libros todos en pasta y bien tratados todos. El testero adornado con las cartas de Europa y América, que servían de colaterales al retrato del dueño, quien con un libro en las manos (única vez que le he visto manejar semejante instrumento) infundía veneración y daba ejemplo.² La fachada de enfrente con su mapa mundi y las dos cartas restantes, todo con el más bello orden, economía y aseo; junto al testero y a su izquierda una mesa de herraje con su bayeta verde, una escribanía, su campanilla, sello, lacre, tijeras de tiros largos, cuchillo de marfil, cortaplumas, globos, compás, regla, una carta y otra carta, arenilla a granel, la *Gaceta* del último lunes y hasta otro millón de trastos diferentes (1947, p. 2).

Todo ello formaba la «sala despacho, gabinete, estudio o escritorio» (p. 3), tal vez desde donde escribía el propio Vargas Ponce, aficionado desde muy pronto a recortar, copiar documentos y escribir cartas; actividad esta última, como se verá más tarde, que tenía en gran estima porque le servía de puente entre los hombres de letras con los que se escribía y porque, además, le relacionaba directamente con algunos de los eruditos del pasado que más admiraba, que eran su modelo, y que también valoraron su correspondencia. Pocas veces se ha tenido la oportunidad de ver descrito un gabinete de estudio, como en esta ocasión, aunque hayan podido contemplarse los estantes de una biblioteca en el fondo del retrato de algún estudioso o en la descripción de alguna escenografía teatral; y pocas, también, la descripción ha sido tan minuciosa, cuidada y detallista, señales todas, tal vez, del íntimo sentimiento de Vargas por su actividad.

Por otro lado, este autor, que tan pocas dotes poéticas tenía, se muestra un excelente prosista, y, como le sucedería después a Valera, hace de sus cartas lo mejor de su obra literaria. Ésta, tan temprana, es un buen ejemplo de ello.

² Este detalle es significativo del valor testimonial y diferencial del libro en esa época. Muchos son los hombres de letras (o que quieren parecerlo, como en este caso) que se retratan con un libro en las manos.

La carta que envía a Cadalso está llena de alusiones y descripciones de las costumbres de la sociedad literaria gaditana (y española, en general), y así se refiere a las tertulias, a los asuntos que se debatían en ellas, a la condición ignorante y zángana (p. 14) de casi todos los allí reunidos, que veneran con devoción, y estamos en el ambiente de la fábula, el asno de la señorita que los cobija.³ La alusión a la condición asnal de los tertulianos y de la propia *alma mater* se completa con otra andanada contra las mujeres, cuando cita la epístola contra ellas de Boileau, manifestándose desde muy pronto las controvertidas relaciones de Vargas con el otro sexo. Sin embargo, el gusto por las tertulias le acompañará toda su vida —en Madrid frecuentaba la de la condesa de Montijo (Demerson, 1975) y la de Villafranca (Guillén Tato, 1961)—, echando de menos en 1794, por ejemplo, la tertulia «de café» que reunía Fernández de Navarrete (1961, p. 36). Para esas fechas, la tertulia, en salones, librerías y cafés —en cada lugar tenía sus peculiaridades—, era ya una forma indispensable de relación entre las gentes de letras y un modo de sociabilidad.

Por otra parte, formar parte de la tertulia de la condesa de Montijo, de quien era muy amigo,⁴ significa que Vargas estaba en contacto, durante los años ochenta, con los más importantes políticos e intelectuales del momento: Jovellanos, Urquijo, Tavira, Palafox, Meléndez Valdés, el citado Fernández de Navarrete y otros. Y, de ser cierta la especulación de Caso González respecto de la gestación de *El Censor* en los salones de la condesa, Vargas Ponce habría participado o, al menos, asistido a dicha elaboración (1989, p. 792).

La carta sobre *Los eruditos a la violeta*, de alguien que aún está fuera del mundo de las letras, es un buen ejemplo, por vía de sátira, como la obra de Cadalso, de cómo se proyectaba una imagen del literato en una sociedad no muy culta (aunque el nivel de la gaditana era superior a la media), pero con ganas de tener más conocimientos, razón por la que los nuevos hombres de letras dieron tanta importancia a los medios rápidos y cómodos de adquirir y difundir cultura, como eran los compendios, enciclopedias y diccionarios, los periódicos y la conversación en tertulias y salones, cafés y reboticas, librerías y plazas. Es la razón por la que el autor, aunque desde la ironía, busca a los eruditos en «los sitios públicos» (p. 12) y las obras de los «escritores periódicos» (p. 13). Desde la ironía, porque Vargas Ponce, fino observador de los cambios sociales pero partidario del modelo humanista y, por tanto, contrario a la cultura adquirida en enciclopedias y periódicos, al dar cuenta de esta realidad gaditana,

³ Ramón Solís (1987, 264-272) da otra imagen, mucho más positiva, tal vez demasiado, de las tertulias gaditanas en esos años y después.

⁴ Se alojó varias veces en su casa cuando estaba en Madrid, incluso si la condesa se encontraba fuera de la Corte, y allí escribía y trabajaba (Demerson, 1975).

crítica el nuevo camino que toma la cultura. Para intentar contrarrestar este proceso, y dando una pista de su referente literario, confiesa que su guía es la *República Literaria* de Saavedra Fajardo y su objetivo en la práctica de las letras, trabajar por su patria. Idea, esta última, que reiterará a lo largo de su vida, consciente de la importancia que tienen la educación y el conocimiento de la Historia en el buen desarrollo de una nación. Esta obra primeriza de Vargas Ponce recoge mucho de lo que será su posterior actividad y desde luego anuncia sus intereses enciclopédicos, en la línea de los mejores hombres ilustrados de la época.⁵

Recibió Vargas una buena y variada educación; sabía inglés, francés, italiano, latín, y otras lenguas, además de matemáticas y ciencias relacionadas con el mundo de la náutica, pero también poseía conocimientos de historia, lengua y humanidades. Todo esto le sirvió para destacar pronto y para ocuparse en diversas diligencias y materias: desde la demografía (Vargas Ponce, 1982) a la historia. Parece que su primer trabajo literario, en 1773, con trece años, consistió en la traducción, desde el francés, del primer tomo de las *Mil y una noches*, labor que abandonó pronto al considerar que la ficción era una pérdida de tiempo (Fernández Duro, 1894). Después siguieron otras actividades de carácter más serio: las traducciones del viaje de Tavernier y de la *Electra* de Crebillon, la crítica al *Tratado de aritmética* de Cañaveras en 1778 (y la redacción de un manual sobre esa materia que permanece inédito y que en 1813 aún consideraba útil) hasta llegar al año 1782 en que compone el *Elogio de Alonso el Sabio*, que premió la Academia y publicó Ibarra en Madrid. En este elogio muestra su gran interés por la astronomía y las matemáticas, a las que considera entonces la única ciencia que puede satisfacer a un entendimiento despejado, puesto que sus verdades son abstractas, llenas y profundas. Le parece que ser matemático es lo mejor que le puede ocurrir a un estudioso; actitud en la que quizá siga a Feijoo, que expresaba ideas semejantes en el «Desagravio de la profesión literaria».⁶ Años después, sin embargo, en el *Elogio de Ambrosio de Morales*, que permanece inédito, el ideal será el «historiador: que es el empleo más alto cuanto el más difícil de los hombres de letras. Empleo que requiere las dotes unidas del político, del guerrero, del literato» (f.

⁵ Alcalá Galiano, con el que Vargas tuvo varios roces, de los que se trata más adelante, escribió en 1834 lo siguiente sobre su valía y su dedicación a las letras: «oficial de la Marina y hombre de vasta erudición, conocido entre sus compañeros de carrera con el nombre de Vargas el Sabio —si en son de elogio o de burla, es cosa que el autor de estas páginas no se atrevería a decidir—» (1969, p. 51).

⁶ Escribía Feijoo en 1726: «Y aunque es cierto que en muchas materias no se puede descubrir el fondo o apurar la verdad, en esas mismas se entretiene el entendimiento con la dulce golosina de ver los sutiles discursos con que la han buscado tantas mentes sublimes. Esta ventaja tienen sobre las demás ciencias las matemáticas, cuyo estudio siempre va ganando tierra en el imperio de la verdad. De aquí viene aquel como estático embeleso de los que con más felicidad siguen esta profesión». Y, tras exponer algunos ejemplos, concluye: «Respóndaseme con sinceridad si hay algún otro placer en el mundo capaz de embelesar tanto» (*Teatro Crítico Universal*, I, disc. 7).

23'). No cabe duda que, cuando Vargas escribe este elogio, está proyectando sobre la figura de Morales, a la que admira de forma sobresaliente, su propia vida, sus propios objetivos e ideales y la imagen que de sí tiene: a la vez literato, guerrero (por marino) y político. Esto, a pesar de las críticas que la labor historiográfica de Morales había recibido años antes, sobre todo por su credulidad en cuanto a los falsos cronicos.

Jovellanos y Ceán Bermúdez opinan sobre Vargas Ponce, o qué lugar debe ocupar el literato en la sociedad.

La amistad entre Jovellanos y Vargas nace pronto. El asturiano le había ayudado a introducirse en los círculos de la Corte y su mano seguramente no era ajena al triunfo de Vargas en la Academia; por su parte, éste, en su declamación contra los vicios introducidos en la lengua, le propuso como modelo de la juventud española. La sintonía ideológica entre ambos parece clara, aunque hubiera diferencias de magnitud e intensidad, o variaciones según cambiaran las circunstancias políticas. En cualquier caso, Jovellanos contó con Vargas para diversos encargos políticos y literarios y, como no quería ser considerado poeta, le encargó varias veces que quemara sus versos, sin que el gaditano escuchara sus peticiones.⁷

Algo de lo que pensaba Jovellanos sobre Vargas Ponce quedó plasmado en la carta que le escribió el 11 de diciembre de 1799, a instancias del propio Vargas, que quería conocer la opinión del asturiano acerca de su *Discurso sobre la educación pública*.⁸ En esta carta, ciertamente severa pero llena de rasgos amistosos, además de criticarle su dispersión, como ya había hecho otras veces —por ejemplo en 1792 en su carta a propósito de la *Disertación sobre las corridas de toros*—, le dice lo siguiente, que es del máximo interés:

¿Cómo es que usted, dotado por la naturaleza de una imaginación ardiente, de un corazón sensible; cómo es que habiendo cultivado su espíri-

⁷ En 1793 Jovellanos le dedicó una oda, en la que se manifestaba contrario a los excesos de la Revolución y a la suerte del rey Luis XVI. Precisamente de 1793 a 1795 se dio la guerra contra la Convención Republicana, en la que Vargas participó, y en esos años, sobre todo en 1793, hubo en Asturias, como en el resto de España, un movimiento contrario «al incipiente liberalismo» (Crespó, 1995, p. 180), en el que la oda puede enmarcarse; también como una forma de defensa ante posibles acusaciones de progresismo. Sin embargo, a pesar de ese rechazo de la brutalidad revolucionaria y de la ambivalencia de la crítica, Jovellanos parece haberse mantenido siempre en la órbita del liberalismo, como demuestra el que, desde la Junta Central y en otros escritos, defendiera la necesidad de las Cortes. Por otro lado, la Constitución francesa de 1795 le parecía «admirable» (Caso González, 1990).

⁸ Precisamente, en 1797, Jovellanos le había nombrado miembro de la Junta de Instrucción Pública.

tu con un estudio sólido de la gramática, de la elocuencia, de la lógica, de la geometría, y enriquecidole con tanta doctrina, y ornádole con tanta erudición; cómo es que tan versado en la lectura de los clásicos de las lenguas cultas, y señaladamente de la suya, no ha podido adquirir un excelente estilo? Sobre todo, ¿cómo es que usted no ha fijado su estilo, no se ha formado un estilo propio? Yo no puedo afirmarlo sin dolor, pero ello es cierto: cada obra que sale de la pluma de usted parece de otra [...]. ¿Cómo es, pues, que usted, tan facundo, tan fácil, tan igual cuando habla, cuando escribe, cuando discurre con sus amigos, no es igualmente fácil, igual y facundo cuando compone? ¿Me encargaré de la respuesta? Es fácil y breve. Usted es uno cuando habla o escribe, y otro cuando compone [...]. En una palabra, usted no se ha formado un estilo propio, solo porque se ha empeñado en apropiarse el ajeno (1986, pp. 492-493).

Jovellanos, del mismo modo que en la carta sobre las corridas de toros le decía que leyera poco pero bien, que sobre todo pensara y reflexionara sobre la materia, en esta ocasión insiste en lo mismo: el peso de la erudición, la lectura continuada de los clásicos y querer imitarlos ha hecho que quien tiene «fuerzas para vencer a todos, ha[ya] venido a quedar inferior a sí mismo».⁹ Como se verá más adelante, a Vargas Ponce le resultará difícil variar su registro, abandonar la oratoria y la elocuencia excesivas y seguir el consejo de Jovellanos de escribir como hablaba y escribir para todos, no sólo para algunos.¹⁰ Y esto es así, seguramente, porque Vargas Ponce distinguía entre un registro coloquial (que deja para la conversación y la carta) y otro literario o erudito. Con esas palabras Jovellanos da algunas de las claves para entender el papel del escritor en la sociedad, que debe ser didáctico y participativo en los asuntos del país, y no podía ser de otro modo en quien llevó tan activa vida política.

Otra de las faltas que nota en el discurso de Vargas, en consonancia con lo expuesto, es que elige el tono elocuente —para unos pocos— en lugar del didáctico. Sólo así, escribiendo para todos y sobre asuntos que a todos interesen, el escritor será útil a su país, al colaborar en su mejora gracias a la aplicación de sus conocimientos; sólo así logrará ser aceptado en la sociedad y ocupar el puesto directivo que merece.

⁹ Alcalá Galiano insistió en esta idea en 1834: «fue también otro de los escritores modernos que tenía el pique de escribir el español con toda su pureza [...]. Su prosa queda desfigurada por una afectación intolerable. Cayó en la más intrincada y extraordinaria fraseología por su constante empeño de escribir como los españoles del siglo XVI» (1969, p. 51). Es cierto que antes incluye su prosa entre las mejores del siglo XVIII (p. 38).

¹⁰ Alcalá Galiano comenta que «hasta su vejez se ocupó en trabajos literarios; no obstante lo cual, ninguna de sus obras es hoy leída, aunque el autor, por extraño que parezca, gozó de gran reputación literaria hasta el momento de su muerte» (1969, p. 51).

Por entonces, a sus treinta y nueve años, Vargas no participaba de estas ideas, pues su gusto por inspeccionar archivos, así como casi toda su obra, por su condición erudita y su solidez, ya que no era un divulgador como Feijoo —del que alguna vez destaca «su honrada medianía de valer» («Carta sobre *La corneja sin plumas*», s.p.)—, hacen que se dirija a los pocos eruditos que pueden estar interesados en temas como la historia del grabado, de la Marina, en la demografía, etc., y no a públicos más amplios. Más tarde, tras la Guerra de la Independencia, cuando participe en polémicas y forme parte de las Cortes en 1812 y 1820, habrá cambiado algo esa actitud.

Pero es que Vargas Ponce tenía verdadera devoción por la literatura, en el amplio concepto que conocía el término entonces, y auténtica fe en el valor de la educación, aparte de que para él ese trabajo fuese un alivio de otras cargas. En este sentido, y en una dirección no muy diferente a la de Jovellanos, van las palabras que Ceán Bermúdez escribe en cierta ocasión a Vargas, que contribuyó de forma decisiva en la elaboración de su diccionario, aportándole los materiales que encontraba en su desbroce de archivos (Seoane, 1905). Ceán le dice:

Vm. es muy tonto; vive siempre corriendo. ¿Y para qué? Para nada. Para amontonar papeles y dejarlos a una generación bárbara e idiota cual ha de ser la que nos suceda, según el ningún empeño que hay en dar una instrucción ni aun moral educación. Crea Vm. ciertamente que nuestros hijos serán más ignorantes y libertinos que los africanos, es el plan que parece se han propuesto los que saben (Guillén Tato, 1961, p. 40).

Si Jovellanos le echaba en cara su dispersión y la falta de una voz propia, Ceán aquí insiste, con matices críticos y desencantados, en lo inútil de ese afán de saber (corriendo de un archivo a otro), en la poca fortuna que adquieren los hombres de letras y en lo infundado de su fe ingenua en el poder de la educación y la cultura. Pero quien con veintidós años había sido distinguido por la Academia y con veintinueve había sido considerado entre los mejores escritores del reinado de Carlos III (Sempere, 1789, pp. 136-139), además de haber conocido otras distinciones, no podía renunciar a las letras.

Papel de Vargas Ponce en la República del Conocimiento. Las letras como refugio.

En efecto, como Ceán, no pensaba Vargas que, atacado pronto por enfermedades diversas —algunas derivadas de su dedicación al estudio—, pero sobre todo consecuencia de su asma y de ciertos estragos bélicos, había previsto que sus papeles, el resultado de su ciega dedicación y fe en el trabajo, pasaran a la Academia de la

Historia para que no se perdieran: tanto esfuerzo no podía desaparecer. No podía ser de otro modo cuando se es lo que se hace, y Vargas era sus papeles y la idea que de sí mismo quería dejar a la posteridad: algo así como un sabio estafalario que pasa de la seca erudición a la carta jocosa. La posteridad eran sus papeles: tal vez, como así ha sucedido, doscientos años después de su muerte, de la misma forma que él inspeccionaba archivos, leía correspondencias y hacía el elogio de Ambrosio de Morales, alguien revolvería sus fichas y notas a la busca de noticias valiosas o de la silueta de un hombre llamado José de Vargas Ponce. Las letras se habían convertido en algo más que en una cuestión de estudio o saber: eran su «único auxilio en la adversa fortuna»,¹¹ y a ellas dedica su tiempo:

Me levanto a las cinco,
de la cama al bufete doy un brinco
y allí me dan las doce,
la comida toca.
¿La masco? No, la engullo;
ladrido ni maulló
no me quitan la siesta;
a las tres nueva fiesta
el bufete me hace,
y, hasta las siete, no se satisface
la obligación maldita.
Y, cuando el sol se quita,
salgo a un largo paseo,
medicina diré, que no recreo,
hasta sonar las nueve;
un caldo ¡pobre cena!
y comienza la pena
de estar tendido y solo,
hasta que el rubio Apolo
dora mar y campiña,
y el bufete de nuevo a mí me guiña.
A vieja ni muchacha,
manchega, ni gabacha,

¹¹ Carta a Fernández de Navarrete: «No quiera Dios que jamás seas desgraciado; empero si te cogiera esta carrera pesadísima como a tantos buenos e inocentes [entre los que se cuenta], entonces conocerías qué recursos presta el estudio y cómo engaña uno la mala fortuna. Lo experimento ahora más que nunca —continúa—, y solo, solo en esta soledad me estoy conmigo y mis manuscritos desde las cinco de la mañana que me levanto ahora hasta las cinco de la tarde que viene uno que llaman peluquero. Y a las diez de la noche ya voy camino de la cama. Y no para encontrarme con ninguna Manuela [la esposa de Navarrete] como tú» (Guillén Tato, 1961, p. 46).

miro, ni escucho, ni le doy alpiste:
 afanado, mohíno, solo y triste,
 sufro borrascas sobre negra espuma
 en mar de tinta con pesada pluma
 (Guillén Tato, 1961, pp. 41-42).

Estos versos, del 28 de agosto de 1803, dan buena muestra del refugio que eran para Vargas las letras, en cuya República no tuvo un papel muy brillante a pesar de pertenecer a tantos «senados literarios» y de llegar a ser por dos veces director de la Academia de la Historia. Jugó un papel secundario, obligado por su alejamiento y destierros de la Corte, y a veces en la sombra apoyando a sus amigos —por ejemplo, propuso a Navarrete para la Academia de la Historia en la idea de crear un Cuerpo sólido y consistente—, y les ayudó con sus conocimientos desde su vida retirada, en contacto con los libros, tópico por otro lado recurrente entre los ilustrados admiradores de Séneca y Cicerón.

Su influencia en la República de las Letras se deja sentir, además de en aquellos movimientos e intrigas en las sombras, sobre todo en los proyectos que propuso a las autoridades competentes y que no siempre llegaron a buen fin, truncados o impedidos por superiores envidiosos y quizá por su actitud no siempre diplomática. Así, su idea de escribir una Historia de la Marina Española, para la que acopió numerosísimos datos y documentos —y que suponía que escribiría su más joven amigo Fernández de Navarrete que, al parecer, no siempre fue honesto con él¹²—, pero también su diccionario de términos náuticos, que tenía más de trece mil entradas y que quería ofrecer al público con las equivalencias en francés e inglés, y que no publicó porque, como decía Jovellanos, lo mejor mataba a lo bueno, o su proyecto de Diccionario geográfico de España, que debía realizar la Academia de la Historia y cuyas bases sentó.¹³

¹² En 1789, Vargas Ponce, Fernández de Navarrete y Juan Sanz de Barutell eran comisionados para formar una Biblioteca de Ciencia Naval. La comisión la dirigía José de Mendoza y Ríos, Capitán de Fragata. En 1791 surgieron algunas disputas entre Vargas y Navarrete; según Guillén Tato, «de fijo que en ocasión de alguno de los exabruptos tan frecuentes en el decir y escribir del donoso e ilustre académico, solterón y taurófilo». Tal vez la carta del 16 de agosto de 1791, De Navarrete al ministro, sea resultado de esos exabruptos, o todo lo contrario: la razón de las desavenencias. Navarrete se queja de que Vargas, «individuo particular, [hace] monopolio indebido y se aprovecha clandestinamente del trabajo de otros», ya que tiene desde hace varios años ciertos documentos que se copiaron con cargo a la Real Hacienda y no quiere devolverlos. Parece que la amistad superó este bache, fruto posible de la competitividad que debió de darse entre ambos comisionados, Navarrete más joven que Vargas Ponce (Guillén Tato, 1946, pp. IV, XVI).

¹³ Vargas Ponce, como otros, también herborizó y en la Academia de la Historia se conserva un volumen con las plantas que recogió y sus descripciones; flores y hojas que cuentan doscientos años.

Un proyecto que retoma en 1785 —en este soterrado intento de ordenar la República de los Sabios— es el de erigir una Academia de Ciencias, de la que se venía hablando desde los tiempos de Felipe V, Macanaz, Uztáriz y el *Diario de los Literatos de España*, y en el que también insistieron Luzán (Carnero, 1990), Jorge Juan, Iriarte y otros (Álvarez Barrientos, 1994, 1995b). Siendo Vargas Ponce marino, no podía desconocer los intentos de Jorge Juan, de Ulloa y Carbonell por crear una Academia de Ciencias (Roca, 1899; Guillén Tato, 1940) y seguramente no le era ajena la Asamblea Amistosa Literaria de Cádiz (Guillén Tato, 1973; Pando Villarroya, 1984); intentos, los de Jorge Juan que, de no haber caído Ensenada, quizá habrían dado sus frutos. En sus *Puntos de gobierno* —escrito que daba forma a su ideario político—, el marqués recogía la necesidad de dicha academia (Roca, 1899, p. 855).

A la altura de 1785, cuando Vargas escribe, su carencia es todavía más notable y se evidencia al comparar la situación de España con la de los otros reinos europeos; la política cultural del gobierno de Carlos III debía dar entrada al proyecto y así lo hizo Floridablanca durante su mandato, aunque no la erigió, ni después Godoy, que rechazó la idea por parecerle peligrosa. Vargas aprovecha el concurso propuesto por la Academia Española para relanzar la idea en su *Apología de la literatura española en las ciencias y bellas artes* (manuscrito sin paginar). En este escrito, que redactó con verdadero entusiasmo entre 1784 y 1785, pero que en 1813 consideraba demasiado defectuoso, pide que se forme «una Academia de Ciencias que dé lugar a que [los] sabios puedan expandir sus luces e ilustrar a los demás». He aquí las razones por las que esta academia debería erigirse:

Además de la nota que trae a la nación ser la única de Europa que carece de este establecimiento, por su falta se priva de las sólidas ventajas que produce. Muchos sabios ágrafos se sepultan como los orientales con todo su tesoro literario, porque desprendidos de la vanidad de escritores no quieren cargarse con las impertinencias de la impresión. Mil memorias, discursos y folletos [...] se pierden para siempre por no haber un depósito tan seguro como las colecciones académicas en que se vincula su goce a la posteridad [...].¹⁴ Establecida una Academia en debida forma se facilitan muchos ramos de estudios que de otro modo se hacen inaccesibles a un particular [...]. Exigida ésta, lo está de consiguiente un Observatorio nacional, que tanta falta hace y que le presta tan esenciales auxilios [sin menoscabar el de Cádiz, dedicado sólo a la astronomía para la Marina. La cursiva es mía].

Esta Academia habría reunido, según Vargas, a científicos y hombres de letras del

¹⁴ Esta idea es coherente con su deseo de donar sus papeles a la Academia.

momento, y según los que también trataron de su necesidad se habría autoabastecido al poseer una imprenta propia, con lo cual los beneficios de la venta de los libros volverían sobre sus autores y éstos podrían ocuparse sólo, despreocupados de conseguir su sustento, en el estudio, mientras unos y otros —los hombres de ciencia y los de letras— se ayudaban mutuamente, como quería Sarmiento (Álvarez Barrientos, 1995a).

Vargas Ponce planteaba la necesidad de esta institución como desarrollo del plan cultural más amplio, diseñado por Felipe V (de quien escribió un elogio en 1778), y comenzado en 1712 con la erección de la Biblioteca Real,¹⁵ a la que siguieron las Reales Academias y otras instituciones levantadas por el mismo espíritu de reforma, pero ya por otros Borbones. Estos centros del saber ordenarían la República Literaria y canalizarían las relaciones entre los miembros de dicha República y el poder político. Mostrando la vitalidad de la cultura española y la existencia de un programa cultural —recordemos que está escribiendo una apología—, en este plan incluye, a veces aludiendo solo, a cierto tipo de prensa, al *Diario de los Literatos de España*, a los bibliotecarios que editaron los catálogos de la Biblioteca: Juan de Iriarte, Casiri, Castro, pero también a Mayans¹⁶ y a su Academia de Valencia y a Antonio Sancha, que dio a la luz pública en excelentes ediciones parte de nuestro patrimonio cultural (véase últimamente, AA. VV., 1997).

Por el programa político de Floridablanca, de 1787, se puede ver la oportunidad y la sintonía que en esta ocasión parece existir entre las ideas de Vargas Ponce y los planes culturales del gobierno de Carlos III. En la *Instrucción reservada*, que se supone dirige el rey a los ministros de su gabinete pero que redactó el conde, éste indica en el punto 69 la necesidad de erigir una «Academia de Ciencias [...]». En esta parte, lo que más falta es el estudio de las ciencias exactas, como las matemáticas, la astronomía, la física experimental, química, historia natural, mineralogía, la hidráulica, la

¹⁵ «Sitiado de graves asuntos estaba el animoso Felipe cuando en 712 (sic) empezó por la soberbia Biblioteca pública [cuando escribe Vargas, ya era de acceso al público la Biblioteca Real] la serie de sus establecimientos literarios. Teníanlas todas las universidades pero no se consultaban los antiguos registros, y los modernos no merecían consultarse. Había una muy escogida y estimable en El Escorial, pero colocada como él en un desierto, del mismo modo que este grande edificio no servía tanto como pudiera a estimular el buen gusto de las fábricas, tampoco su librería alimentaba la erudición. La erigida en la Corte, que en el día asciende a cien mil volúmenes, proporciona a los estudiosos los auxilios que pueden imaginarse» (s.p.).

¹⁶ De Mayans hace esta consideración: «la cara sombra de un antiguo bibliotecario nos sitia acusándonos de ingratitud en no cederle el mérito de este su proyecto favorito [ilustrar a la nación]. Yo estoy muy lejos de proponer al señor Mayans por un modelo de elocuencia, ni de hallar en su asiático estilo, aunque claro y castizo, armonía ni elegancia [...]. Aquel ardor por ilustrar a la nación, en cuyas nobles miras empleó su saber inmenso, su exquisita crítica, su laboriosidad infatigable; tan gran número de españoles que nos ha conservado o ilustrado harán que su gloria literaria vaya envuelta con la de Vives, de Abril, de Mariana, de Fray Luis de León, de Cervantes, de Nicolás Antonio, de Saavedra Fajardo, de Martí» (s.p.).

maquinaria y otras ciencias prácticas.» Y, en consecuencia, «con el fin de promover entre mis vasallos el estudio, aplicación y perfección de estos conocimientos, he resuelto fundar una Academia de Ciencias y encargo muy particularmente a la Junta cooperar en estas ideas y las recuerde con frecuencia y oportunidad» (1856, p. 224b). Como ya se adelantó, esa academia no llegó a existir, aunque aparentemente estaba en todos el interés por llevarla adelante.

Vargas Ponce, mediante su activa participación en los concursos de la Academia, por su pertenencia a diferentes tertulias y centros literarios —a la Academia de la Historia desde 1786, a la de Bellas Artes y a la Española, a la Sociedad Vascongada y a las Económicas de Madrid y Sevilla—, con su trabajo en la inspección de archivos y bibliotecas, escribiendo sobre diversas materias, animando a sus amigos a trabajar por la cultura, dirigiendo él mismo la Academia de la Historia, ejerció un activo papel en la República de las Letras y se mostró como animador de la sociedad culta. Pero si ésta es la luz de su figura y de su actividad, la sombra —olvido, enfermedad, destierro, desencanto de las mismas instituciones— destaca también en su persona. A menudo en segundo plano, jugó un papel en la política cultural del momento, no siempre el mejor, como demuestran sus destierros. Pero un papel que a veces se presenta con perfiles muy definidos, como árbitro de la República Literaria, al ayudar a Ceán en la publicación de la *Descripción artística de la catedral de Sevilla*, cuando era censor de la Academia y medió en la enemistad entre éste e Isidro Bosarte, que dificultaba su publicación (Seoane, 1905), al reformar los estatutos de la misma Academia, que eran los redactados en 1738 por Montiano, para hacerla más operativa, de lo que se enorgullece una y otra vez y cuando diserta sobre la necesidad de establecer un archivo general. En especial en estas dos últimas actividades, pero sobre todo en la primera, da la medida de su capacidad para organizar la sociedad de los sabios y promover una política cultural que llevara adelante proyectos útiles al Poder, igual que cuando escribe sobre educación.

Amigo de Jovellanos, de Ceán, de Bosarte, de Fernández de Navarrete, conocedor de la élite intelectual española del momento al pertenecer a varios institutos sabios y frecuentar al menos durante una época las tertulias que regían la vida política y cultural, se encontraba en una situación inigualable para desempeñar un papel destacado en dicha República, sin embargo, pasó mucho tiempo en la sombra, alejado, voluntariamente o no, de su centro de poder.

Ambrosio de Morales, el modelo humanista de Vargas Ponce, o contra el nuevo hombre de letras.

Esa época de cambio, que muchos llamaron «siglo de la razón, siglo de las luces, siglo ilustrado, siglo de la filosofía», poniendo de manifiesto la importancia del pen-

samiento, de la reflexión y de la opinión, era precisamente por eso, para otros como Forner, época de superficialidad, «siglo de ensayos, siglo de diccionarios, siglo de impiedad, siglo hablador, siglo charlatán, siglo ostentador» (1970, p. 185); en este siglo de proyectos en que cambiaba la función de la literatura y del escritor, Vargas Ponce se mantiene, casi siempre, en el lado de los eruditos frente a los periodistas, en el de los trabajos de erudición frente a los de opinión, y, cuando se acerca a la creación, lo hace practicando los géneros canónicos, como la tragedia. Otra cosa son sus cartas, escritos privados dirigidos a corresponsales concretos con los que existe complicidad.

A la altura de 1785, escribiendo la *Apología de la literatura española*, Vargas no podía dejar de referirse a los eruditos a la violeta y a los charlatanes literarios, haciéndose eco de un debate fuerte que se mantenía por aquellas fechas y que tenía que ver con la aparición del nuevo escritor y con la paulatina retirada del modelo humanista, que él defendía. Esa idea renacentista de hombre total, que aún en sí mismo el pensamiento y la acción, le lleva a escribir años después: «Un desacierto indisculpable de Constantino, y el más trascendental, dividió la milicia de la magistratura, y labró un muro en medio de las desde allí diversas ocupaciones del *hombre público*. Este desacierto dañó al Estado con la rivalidad y los celos que nacieron entonces y crecen todavía [...]; desairó afrentosamente al hombre de letras desarmando sus brazos» (*Elogio crítico de Ambrosio de Morales*, f. 23^v. La cursiva es mía). Y es relevante que se refiera a los hombres de letras y a los militares como a *hombres públicos*; pronto, con la experiencia constitucional, ambos grupos conocerán una importante dimensión pública y política.

En un marco de polémica y cambio llama a su siglo «filosófico y extravagante» y también «siglo fastidioso [...] en que los superficiales conocimientos de una multitud de semidoctos se arroga el de todas las ¿lides? literarias y falla con ligereza pero sin apelación [son los mismos argumentos que esgrimía Forner por entonces, y antes los redactores del *Diario de los literatos*]». En ese ambiente poco serio, dado a la conversación y la tertulia, «jamás serán gustados unos [trabajos como los suyos,] alegatos prolijos que desmenucen el hecho, que con mil autoridades exactas den el espíritu de la ley, que corroboren su razón con la de autores clásicos». Para esos autores y para ese público, como también señalaba Sempere en su *Ensayo*,

todo lo que lleve el título de Libro, que se denomine Historia, que se exprese en un idioma sabio, harto desconocido hoy, que se componga de volúmenes, lograría en hora buena la aprobación del corto número de verdaderos sabios que florecen en todas las naciones; pero el innumerable enjambre de literatos preciosos [Forner califica del mismo modo a Iriarte] se horroriza de ver consumidas páginas en averiguar la veracidad de una cita, la exac-

titud de una versión, una data de cronología, o la patria de un poeta [todo esto se criticaba a los gramáticos] (s.p.).

Con estas ideas, Vargas Ponce no podía escribir como hablaba, ni hacerlo para todos, como quiso Jovellanos. Con disgusto, añade: «Si el desengaño se condiciona para éstos [los literatos preciosos], es menester prepararles según su temperamento, no entregar a la flaqueza de su estómago más material que un discurso, contemporizar a su manía de puristas con una locución sonora, con períodos mesurados y que jamás se presenten las Musas sin la compañía de las Gracias» (s.p.).

Vargas, ya se supone, alude a la vitalidad de la República Literaria, a los cambios que se producían en la emisión de discursos y en la propia producción de nuevos textos —en los que la erudición dejaba espacio a la opinión y al entretenimiento—, a los formatos de los libros, que se reducían, a los hábitos de lectura, a los gustos del público, que se abría a lecturas de entretenimiento, que prefería la «erudición» en la pequeña dosis de un artículo periodístico y en forma de diccionarios, centones, enciclopedias y que gustaba, además, de la charla, como el mismo Vargas Ponce, pero que él ahora critica al considerar que quienes la practican no tienen conocimientos ni auto-ridad suficiente para tratar determinadas materias.

Otros ya habían censurado todo eso duramente. Por ejemplo, Forner, que había escrito en muchos sitios en sentido similar; así, en *Los gramáticos*, de 1783:

si no me engaño, han dado en nuestra edad en aplicar el título de humanidades a una miscelánea de estudios vagos, amontonados y faltos de método, con que se juzga haber derecho para hablar de todo en los corrillos y tertulias de librería. Feijoo, la *Enciclopedia*, el *Diccionario* de Bayle, las *Misceláneas* de Voltaire, D'Alembert, los *Diarios* y toda la demás turba de libritos de moda son los códigos de la sabiduría universal de este género de humanistas; pero, ¡qué humanistas! [Estamos en un siglo] compuesto de gentes tinturadas de todo e incapaces no sólo de imitar, pero ni de conocer el estudio y desvelos que costaron a nuestros mayores los adelantamientos de las ciencias. Un siglo tal como éste no es mucho que sea pródigo en dar a cualquiera el honor y crédito de sabio (1970, p. 185. La cursiva es mía).

Se oponía Vargas Ponce a estos cambios, que eran el resultado del desbanca- miento que el modelo de escritor, basado en el humanista, estaba sufriendo, pero también de la aplicación de ciertas reformas sobre la educación, en la que él tanto creía, aunque seguramente de una forma selectiva.

Hay que explicar su inquina, al menos en esta época, contra los «escritores públicos», a los que ya con ironía aludía en su carta de 1777 a Cadalso, en el crecimiento del número de los que se dedicaban a las letras que se dio en los años ochenta, cuando escribe. En esos años de proliferación de periódicos y folletos, él, sin embargo, publica: *Descripciones de las Islas Pithiusas y Baleares* (1787), *Relación del último viaje al estrecho de Magallanes de la fragata de S. M. Santa M^a de la Cabeza en los años de 1785 y 1786* (1788 en dos vols.), *Apéndice a la relación del viaje al Magallanes* (1793). A estos trabajos, que se completarán ya en el siglo XIX con otros sobre la *Importancia de la historia de la Marina Española* (1807) y su serie biográfica sobre *Varones ilustres de la Marina Española*, de la que sólo vieron la luz las biografías del conde de Buelna (1807) y del marqués de la Victoria (1808), hay que sumar algunas publicaciones de carácter artístico, como las que dedicó al grabado en 1790, que fue su discurso de ingreso en la Academia de San Fernando el 6 de diciembre del año anterior, y su tragedia *Abdalaziz y Egilona* (1804). Son todos ellos trabajos serios y de peso, que nada tenían que ver con las nuevas formas de escribir, más ligeras y cercanas al nuevo lector;¹⁷ incluso la obra de creación es una tragedia, género apenas gustado por el público, pero en clara relación con las normas clasicistas e ideológicas de la Ilustración que buscaban proponer en el teatro casos heroicos españoles.¹⁸

Vargas Ponce plagiarlo. El ataque de Forner.

En 1791 se presentó, como hizo otras veces, al concurso de la Academia Española, esta vez con su *Declamación contra los abusos introducidos en el castellano*. El trabajo no fue premiado, pero a Vargas le pareció digno de publicarse y así lo hizo en 1793 con algunas correcciones, añadiendo una *Disertación sobre la lengua castellana* y un diálogo prohemial. La obra, pulcramente editada por la viuda de Ibarra, tuvo en general buena acogida.

Sin embargo, por aquellas fechas —había dejado Madrid en junio de 1793—, el gaditano, que como sabemos era aficionado a la charleta de tertulia y tenía el verbo fácil y chistoso, pareció que «en una conversación privada con sus amigos había manifestado que en la Corte conocían todos el poco juicio y saber del señor don Juan»

¹⁷ Alcalá Galiano, refiriéndose a los libros publicados a comienzos de siglo, decía lo siguiente: «De obras largas sobre materias graves ninguna llamaba la atención en aquel tiempo [ni del público ni de los periódicos]. Pero la llamaba el teatro» (1955, p. 30a). Los redactores de los periódicos de finales del siglo XVIII habían reparado en este hecho.

¹⁸ Del estreno de esta obra comenta Alcalá Galiano que «murió recién nacido». Y añade: «no siendo casi ni comprendido, porque era poco comprensible su singular lenguaje» (1955, p. 30a).

(Gallardo, 1952, pp. 270b-271a). Este don Juan era Juan Pablo Forner, y quien relata el hecho, Bartolomé José Gallardo, en unas notas sobre el extremeño, que reprodujo el marqués de Valmar en su antología de *Poetas líricos del siglo XVIII*. A la opinión de Vargas no creo que haya que buscarle una causa concreta, una obra de Forner que pudiera motivarla,¹⁹ aunque tal vez sí (y esto es especulación) la posibilidad de que hasta sus oídos llegaran las críticas del abogado a la *Declamación*, pues en varias cartas de Jovellanos y otros, del año 1794, se alude ya a la campaña de Forner. El hecho es que en 1795 —el folleto llevaba compuesto más de un año— Forner publicaba en el Puerto de Santa María *La corneja sin plumas*, duro repaso de la obra de Vargas.

Pero, ¿por qué atacó Vargas a Forner? Aparte de por pertenecer a grupos diferentes —por ejemplo, Vargas estaba en relación con todos aquéllos contra los que Forner había escrito—, la respuesta quizá esté en el hecho de que ambos perseguían distinción en la República Literaria y, desde pronto, se habían enfrentado, convirtiéndose en competidores silenciosos. El proceso debió de iniciarse cuando en 1782 se presentaron a los concursos de la Academia Española: entonces Vargas ganó el del elogio y Forner el de la sátira sobre los vicios introducidos en la poesía castellana, pero en 1785 ambos se presentaban, esta vez al mismo, y el extremeño obtenía el premio con su *Oración apologética* mientras que Vargas perdía, tras haber preparado su apología a conciencia. Recuérdese ahora que dicha *Oración* fue duramente criticada por *El Censor*, en un artículo que Caso piensa instigado por Jovellanos y los demás asistentes a la tertulia de la Montijo, que Vargas frecuentaba, en la que, según el mismo investigador, se planificaba el periódico. El ataque era contra Forner y Floridablanca; ¿podría haber escrito Vargas su apología en sintonía con las intenciones del grupo de la condesa de Montijo? Es posible que arranque de aquí la inquina de Vargas contra Forner (y seguramente, también, de los muchos parecidos que se dan entre ambos a la hora de entender el ejercicio literario).

Uno y otro escritor, Forner cuatro años mayor que Vargas, tenían mucho en común: ambos eran de provincias y habían acudido a la conquista de la Corte, ambos procedían de campos distintos del estrictamente literario. El extremeño, de la jurisprudencia; el gaditano, de la milicia. Los dos habían sido aprovechados estudiantes, amaban la erudición y la historia, tenían un sentido de compromiso y fidelidad a las letras tomado de su común admiración por Mayans y no desdaban el retiro del

¹⁹ La última obra importante publicada por Forner había sido en 1790 el *Suplemento al artículo Trigueros* (Salamanca, Tójar), contra Sempere, y en los años siguientes sólo dio a la estampa algunas poesías en diversos periódicos, como el *Semanario de Salamanca*, el *Diario de Murcia* o el *Diario de Sevilla*. De 1794 es su *Amor a la Patria*, discurso que leyó en la Sociedad Económica sevillana el 23 de noviembre (Sevilla, Hidalgo González de la Bonilla).

gabinete de trabajo. Ambos denostaban la vana erudición y abogaban por el estudio y la seriedad en la República de las Letras frente a la banalización charlatana que, en su opinión, se estaba extendiendo. Sin embargo, también había diferencias; Vargas, más joven que Forner, había conseguido ser admitido en la sociedad literaria sin grandes dificultades y había logrado apoyos y puestos de relieve en ella, cosa que no consiguió Forner sino más tarde, de forma deficiente y siempre con la oposición de casi todos en el mundo de las letras.

De este modo cuenta Vargas Ponce, a la altura de 1813, el hecho, refiriéndose a sí mismo en tercera persona. Se encontraba en Sevilla, 1795, recuperándose de su mala salud, cuando, «llamado otra vez al mar, de ayudante secretario de la escuadra que mandó D. José de Mazarredo, tuvo noticia de una sátira que, según su índole, escribió D. Juan Pablo Forner contra la *Declamación* de Vargas. Éste la contestó como merecía, dirigiendo su escrito a su caro amigo Jovellanos, para corresponder a la fineza con que éste le dedicó su viaje por Rioja.²⁰ Pero firme en su propósito de no publicar cosa alguna contra autores vivos, jamás quiso acceder a imprimir el opusculillo» (Fernández Duro, 1894, p. 516). Vargas tuvo conocimiento del folleto en Sevilla y escribió su carta desde Cartagena, donde se trasladó llamado por Mazarredo.

Forner, con gran erudición, como en todas sus obras, pero también subido de tono —literalmente, «lo pone verde»—, le acusa de plagiarlo, y lo demuestra comparando, mediante el sistema de columnas, bastantes páginas de la *Declamación* con el *Discurso sobre la lengua castellana* de Ambrosio de Morales, el *Origen y principio de la lengua castellana o romance que hoy se usa en España* de Bernardo José de Aldrete, pero sobre todo con los *Orígenes de la lengua española* de Mayans, autor muy admirado por Forner. Es un contraste sumamente detallado, en el que, por ejemplo, entre las páginas 19 a 35, manifiesta la copia y los errores en la copia, para pasar luego a criticar las ideas del autor sobre poesía, lengua, elocuencia, etc. En especial, le critica la opinión según la cual todo lo antiguo es bueno (y aquí estaría Forner, partidario de lo antiguo como era, anunciando lo que Jovellanos escribiría a Vargas cuatro años después, que no imitara a los antiguos y se creara su propio estilo): «No todo lo antiguo es imitable, aunque fuese bueno en aquel tiempo; todo envejece, y no es cosa de caer en una fealdad por huir de otra» (1795, p. 53).

Aunque la erudición de Forner es de sobra conocida, el mismo Vargas Ponce, previendo posibles acusaciones de robo literario —lo cual ya es una actitud sospechosa—, en el diálogo preliminar a su disertación facilitaba el trabajo al señalar que

²⁰ Se trata de la «Epístola de Jovino a Poncio». Por otro lado, Jovellanos viajó a la Rioja, desde Gijón, en 1795 para hacer unas pruebas de nobleza.

habrá quien la calificará «de un continuo plagio de Alderete (*sic*) y Mayans con giros de los prólogos de don Tomás Sánchez» (1793, p. XXIII. La cursiva es suya) y comenta además haberse servido de otros trabajos, como del *Diálogo de la lengua*, y de los de Velázquez y Sarmiento (p. XXIV). Hay mucho de verdad en la acusación de Forner, cuya demostración tuvo no sólo que molestar a su autor, sino también, por razones evidentes, a los académicos que, aunque no premiaron la declamación, no denunciaron el plagio (y aquí podría estar la mano de Jovellanos), y a cuantos la elogiaron tras ser publicada.

La idea teórica en la que se ampara Forner para justificar su escrito es la necesidad, que ya había expuesto al traducir la *Declamación contra la charlatanería de los eruditos* (1787), de desenmascarar a los plagiarios para que los verdaderos sabios brillen (1795, p. 15), para que no se engañe al lector ingenuo y para que los «varones insignes» no mueran «en la miseria por las maniobras fraudulentas de la erudición foragida» (p. 17), lo cual, como planteamiento general, es muy válido, pero aplicado al caso de Vargas resulta bastante irrisorio, considerada la situación lamentable en que se desarrolló por lo general este aspecto de su vida, siempre quejoso de que se le debían varias pagas y sin posibilidad de ascender en la Marina.

He aquí, de qué manera, por una cuestión personal, una de tantas «personalidades» como se dieron en aquella época de crítica ácida porque se tenía en mucho el orgullo de dedicarse a las letras y éstas eran un medio para medrar, dos autores con tanto en común, pero en bandos opuestos, se enfrentaron (sobre las «personalidades», Urzainqui, 1996).

Se ha visto que Vargas en su *Apología* desdeñaba a los «escritores preciosos» y a los que, «semidocos», tenían superficiales conocimientos con los que dictaminaban; ahora Forner, como había escrito ya en otros lugares, aludía a lo mismo: «al siglo de las indagaciones crítico-históricas ha sucedido el siglo de las bachillerías metafísico-políticas» (p. 17), y ponía al gaditano por muestra.

Dada la poca instrucción que había en la época —recuérdense las palabras de Ceán Bermúdez a Vargas—, Forner consideraba fácil plagiar los libros de historiadores antiguos, porque el autor, es decir, Vargas, «fia en la ignorancia común» de un público, que no es el erudito al que se refiere una y mil veces Forner (pero también Vargas Ponce), sino que se compone de «damiselas fatuas y pisaverdes mentecatos», que se reúne en «banquetes» para hablar «magistralmente» (p. 18); imagen, la de los literatos comiendo y discutiendo, que debía de impresionarle porque la señaló ya en *Los gramáticos*.

El ataque del autor extremeño, destinado por esas fechas en la fiscalía de Sevilla, es muy duro, además de señalar los errores y la copia de Vargas, le insulta, convirtiéndole en un «rapacartapacios» (p. 58), en «un ejemplar completísimo de plagio

monstruoso» (p. 13), un «zurcidor de centones» (p. 58), que para Forner era lo peor que se podía ser en la República Literaria, puesto que el compilador (y Vargas solía serlo) se beneficiaba del trabajo ajeno. Vargas resulta

un pigmeo, un literatillo cuyo bulto apenas se divisa, ahuecando la voz y pugnando por empinarse, exhala bravatas campanudas y vibra los bracecillos como en amagos de cachetina, cabecea con ceño hosco y brota sus tufos de colerilla chillona en el tablado de un librote zurcido malamente de retales robados tal vez de aquellos mismos a quienes piensa lastimar y ofender (p. 14).

Y aquí Forner da una pista, porque, motivando el ataque, además de la opinión que Vargas tenía de él, parece estar también una alusión al extremeño y un robo directo de su obra el *Asno erudito*:

me atrevería a decirle que ya que roba, no apalee ni maltrate, ¿por qué, verbi gratia, después de hurtar un pensamiento no común al prólogo del *Asno erudito*, tira a su autor dos o tres puñaladas impiamente? (p. 57).

Así pues, habría sido Vargas el iniciador de la contienda con esas puñaladas y el robo de «un pensamiento no común».

Como señala en el fragmento de 1813 citado más arriba, no contestó públicamente a Forner, pero en carta del 29 de septiembre de 1795, en teoría dirigida a Jovellanos, desde Cartagena, dice algunas cosas al respecto. Aparte de llamarle adúlador de Floridablanca —se refiere a sus «genuflexiones y gorretadas», a su «rampante y vergonzosa adulación»—, le denomina «Momo», «mono» y «pare asnos», y alude a los hurtos de Forner, concretamente a los romances que publicó anónimos Jovellanos y que aquél se apropió: «como el autor no dio la cara, tuvo cara Forner para apropiárselos; y la tiene todavía y más que de baqueta para lucir el robo, mintiendo borradores que ha enseñado ahí [en Sevilla] al oídor Bruna» (s. p.).

Esto mismo comentaba Jovellanos en la entrada del 23 de marzo de 1797 de su diario, al dar cuenta de la muerte de Forner, quien «viendo generalmente aplaudidos los dos romances que corrieron manuscritos contra D. Vicente Huerta, que yo escribí, y que no aparecía su autor, se los arrojó descaradamente. No lo puedo dudar, pues me lo aseguró D. Eugenio Llaguno habérselo dicho a él, y Ceán sabe que lo sostuvo en Sevilla, y aun Bruna por su boca» (1954, p. 334). *La corneja sin plumas*, según la entrada del 8 de abril de 1796, repugnó a Jovellanos: «llega la *Corneja*, sátira de Forner contra Vargas; leo la mitad con hasco» (1954, p. 233).

Estas declaraciones resaltan un problema: el del verdadero destinatario de la carta de Vargas. Porque éste indica en 1813 que es Jovellanos, pero la que en 1795 se dirige es a un amigo de Sevilla. Ahora bien, Jovellanos no se encontraba en esa ciudad en 1795, sino en Asturias, alejado de la Corte, como demuestran además su propio diario y su epistolario. En el texto hay, por otro lado, varias alusiones que llevan a pensar que el receptor es otro —por ejemplo, se alude a Jovellanos en tercera persona—. Cabe la posibilidad de que Vargas en 1813 sufriera un olvido o confusión y que hubiera dirigido realmente una carta a Jovellanos sobre ese asunto, distinta de ésta, o que le enviara una copia (ambas perdidas) de la que mandó a su «amigo sevillano», que es como titula la epístola.²¹

La epístola contiene cosas de interés; Vargas, con treinta y cinco años, se extiende en consideraciones sobre su lugar en la República de los sabios y sobre lo distinta que era la situación de Forner, mal visto y mal querido por todos en general, reparando en que él, desde joven, fue acogido por los «primeros cuerpos literarios de la nación» y tuvo encargos de ellos y de las altas instancias, mientras que Forner «ha tenido tan diversa suerte. ¿Dio paso sin tropiezo contra su reputación literaria y algo más? Los repetidos sonrojos públicos que ha sufrido Vm. los sabe [...]. Gracias mil debo si [...] sólo se ocupa con mi obra, sin pasar como suele a mis costumbres y familia, poniéndonos como unos *chinos*» (s.p.). La carta, en la que se detectan algunos relieves de vanidad mal disimulada, tiene también numerosas ideas sobre el modo en que entiende la actividad literaria y el papel de los escritores, además de ofrecer datos sobre su vida y su idiosincrasia.

El Elogio de Ambrosio de Morales como elogio de la Historia y de la educación.

Años después, es posible que a comienzos del siglo XIX, redacta un sólido y erudito *Elogio crítico de Ambrosio de Morales*, con vistas a presentarlo a la Academia Española. Este trabajo, de gran madurez, retoma y resume su postura vital ante los asuntos literarios. Vargas ha optado claramente por un tipo de literatura de recepción minoritaria. Si algunos años antes las matemáticas eran la ciencia adecuada para el hombre sabio; ahora, sobrepasada la mitad de su vida, lo es la historia, y el historiador el modelo vital que seguir. Se identifica con el elogiado o, más bien, convierte al objeto de su trabajo en una proyección de sus ideales sobre la forma en que se debe vivir la dedicación a las letras:

²¹ Creo haber mostrado que el receptor de la carta no fue Jovellanos, sino tal vez Ceán Bermúdez (Álvarez Barrientos, 1999).

El sello de la inmortalidad que el hombre quiere imprimir en todas sus obras, indudable muestra de su divino origen, a ninguno le es concedido profundizarlo como al literato, pues a pesar del tiempo [...] duran y durarán los escritos que renueven cada día la memoria y objeto de sus magníficos y soberbios fundadores. Tampoco aquel hidalgo deseo de ser siempre útil, de beneficiar a sus semejantes se le cumple de lleno sino al hombre de letras (f. 21').

Si esto es así, en donde mejor se plasma es en la Historia.²² Sólo los historiadores son insustituibles y, con una idea no del todo cierta —ahí están los falsos cronicos—, considera que cuanto más antiguos son los cronistas, más fidedignos. En esta opinión, como en otras, se alejaba del divulgador Feijoo quien, en su artículo «Reflexiones sobre la historia», desconfiaba de la fidelidad de los comentaristas antiguos y de la autenticidad de los «monumentos» (*Teatro Crítico Universal*, tomo IV, art. 8). El de historiador es, al decir de Vargas, el empleo «más alto cuanto más difícil del hombre de letras» (f. 23'), y Ambrosio de Morales lo fue por antonomasia.

Pero el elogio de este personaje del pasado siglo XVI (admirado por Vargas), que es a su vez un elogio de la Historia, no quita para que se muestre partidario de la evolución y del progreso científico. Prefiere a Pascal, Newton, Buffon y Linneo, frente a Euclides, Aristóteles y Plinio.

La progresión de generaciones, la serie de siglos, altera y perfecciona el estado de los conocimientos humanos y aun aquellas obras maestras de los ingenios más despabilados [como el *Organon* de Bacon, la *Metafísica* de Malebranche, o los trabajos de Descartes y Leibniz] las remplazan con usura un D'Alembert, un Condillac o un Locke [o un Jorge Juan]. Y estos mismos, clásicos a la vuelta de pocos lustros, formarán discípulos más aventajados todavía (f. 21').

¿Quién ignora que el espíritu humano es progresivo y que la perfección no es dote de nuestra fragilidad? Las generaciones se suceden [...] y los conocimientos crecen con ellas (f. 39').²³

²² «Del mismo modo que la utilidad y permanencia es la dote superior de las obras del espíritu sobre todas las humanas, también es preciso convenir que ninguna las vincula como la Historia. Los restantes monumentos literarios, si no los puede destruir, los mejora el tiempo» (f. 21').

²³ He aquí una coincidencia más entre el pensamiento de Jovellanos y el de Vargas. En la citada carta del 11 de diciembre de 1799, el primero escribe en términos similares. Pero también Forner, el enemigo, opinaba en este mismo sentido. Nos encontramos ante una idea moderna del siglo XVIII: el descubrimiento del historicismo.

Su idea de que el historiador es el personaje más grande de la República Literaria no niega esta visión progresista y evolutiva de la ciencia y de la historia; al contrario, sólo es una muestra del alto sentido histórico que poseía el gaditano y de cómo, seguramente, pensaba que estaba dedicando sus desvelos a una actividad importante que no acababa con él mismo y de la que, si no él, otros sacarían partido. Pero no sólo esto, es manifestación a su vez de que se siente miembro de una comunidad amplia en la que no existen fronteras geográficas ni cronológicas —se comunica mediante cartas y libros que se dejan a la posteridad— y en la que la ciencia se construye con el esfuerzo, la colaboración y la generosidad de todos; una comunidad de sabios.

Es, por otra parte, una idea en consonancia con su confianza en que la educación salvaría al país.²⁴ En este mismo elogio hace decir a Morales unas palabras, que son las finales, sobre el valor de la educación, que vinculan al sabio seicentista con el discurso didáctico ilustrado. De esta forma, con gran elocuencia, como corresponde al género, Morales «lamentaba la falta de educación y con expresiones y sentimientos los más fuertes, y de que no hay otro ejemplar en la larga serie de sus obras, expresa que “en casa de un señor más vale ser halcón que hijo”», aludiendo a la poca importancia que se daba a la enseñanza —algo sobre lo que también había dicho mucho y bueno Alfonso García Matamoros—, para añadir a continuación que si esto comentaba en su época Morales, ¿qué diría ahora al comprobar el lamentable estado de la cultura en el acabado siglo XVIII, ese siglo que Vargas calificó en otro sitio de fastidioso, extravagante y superficial! Se volvería a la tumba, diciendo:

Patria mía, que yo dejé tan otra de la que registro; si de una vez quieres restablecer tu bien merecida prosperidad, imítame en el celo que puse para educar la juventud. Desengáñate, que la educación varonil y literaria de los Mendoza y de los Cartagenas del siglo XV produjo los asombros del XVI; como el descuido que yo empezaba a presentir, los menoscabos del siguiente. Enmiéndelos el XIX del único modo general y posible, que es desvelándose en la buena educación. Lograda, volverás a tus glorias, a tener literatos e historiadores como yo, y lo que es todavía más necesario y apreciable, a tener hazañas y héroes que los merezcan y empleen, volviendo a ser de las primeras gentes del universo (f. 43^v).

Esta identificación con Morales, esta exaltación del personaje elegido para ser elogiado, valerse de él para autorizar el discurso ilustrado sobre el valor de la educa-

²⁴ Su *Discurso sobre la educación pública* es de 1799 y en 1808 publicó *La instrucción pública, único y seguro medio de la prosperidad del Estado*, además perteneció a distintas Juntas de Instrucción Pública.

ción, tiene su complemento en el hecho de que la obra del erudito venía siendo editada o reeditada, según los casos, por esos años, dentro de un proyecto de reescritura de la Historia de España y reconocimiento de archivos y documentos, en lo que el mismo Vargas estaba inmerso.²⁵ Él, escudriñador de bibliotecas y archivos, debía de sentir muy cercano el trabajo y el modelo de Morales, en fechas en que su situación era poco afortunada. Recordemos que el 28 de agosto de 1799 escribía a Fernández de Navarrete que las letras eran «su único auxilio en la adversa fortuna».

Vargas Ponce, escritor de cartas.

Desde sus inicios en la carrera literaria manifestó Vargas que su correspondencia con otros hombres de letras era una de las partes más importantes de su producción, pues pensaba que eran esenciales para conocer realmente una época: «los literatos de aquella edad [se refiere a la época de los humanistas] tenían exquisito cuidado en conservar sus correspondencias. Y hacían bien; pues para conocer al hombre y aun la historia de su siglo son mucho mejores que las obras», escribía en carta del 28 de agosto de 1799 (Guillén Tato, 1961, p. 17), a punto de redactar el elogio de su admirado Ambrosio de Morales. Y en carta a Clemencín, del 17 de junio de 1817, insistía: «una de mis herencias con que esa Matriarca [la Academia de la Historia] acrecentará su tesoro abscondito de literatura, serán mis correspondencias literarias» (Fernández Duro, 1900, p. 269). En 1813, refiriéndose a sí mismo en tercera persona, manifestaba que escribía sus cartas «con ánimo de que algún día fuesen útiles, y por eso se quedaba con minutas de lo suyo. Son por cierto muy dignas de no perecer las que por largos años ha tenido con D. Juan Bautista Muñoz, D. José Nicolás de Azara, el obispo D. Antonio Távira, el magistrado Bruna y otros literatos, sus últimos amigos D. Gaspar de Jovellanos, D. José Espinosa» (Fernández Muro, 1894, p. 531).

Está clara la importancia que daba a esa faceta de su actividad —ya se han esbozado más arriba algunas razones que lo explicarían—, en la que sin duda podía aunar aquello que más le gustaba, la erudición y el comentario, jocoso y libre de retóricas, de cuanto ocurría a su alrededor. Heredero como se sentía de los grandes historiadores y humanistas del siglo XVI, que tanto valoraban sus correspondencias episto-

²⁵ El padre Flórez comenzó editando en 1765 el *Viaje a los reinos de León y Galicia y Principado de Asturias*, para reconocer las reliquias de los santos. Vinieron después la *Historia de los reyes de Castilla y de León* (1792), *Las antigüedades de las ciudades de España* (1792), las *Noticias históricas sacadas del Archivo de Uclés, con un cronicón hasta ahora no publicado* (1793) y otras, algunas de ellas preparadas por el bibliotecario de El Escorial y catedrático de hebreo, Francisco Valerio Cifuentes. Un intento anterior, auspiciado por el librero Mena en 1749 y con la colaboración de Mayans y Burriel, no prosperó.

lares, debía tenerse por uno de ellos redivivo o en contacto íntimo con aquéllos a los que admiraba, dentro de la gran República Literaria que se extendía más allá de las fronteras y los tiempos. Por otra parte, no hay que olvidar el valor añadido, de puente, que tendrían esas cartas para él, alejado de la Corte y de sus tertulias. Gracias a ellas estaba al día de los sucesos y recuperaba algo de cuanto perdía al encontrarse lejos de los amigos; pero, además, daba salida a su compulsiva «escribomanía». Es en ellas donde realmente alcanza su verdadera voz, aquella que tanto echaba en falta Jovellanos en sus otros escritos. Vargas ve, con lucidez, la importancia y el valor que posee su correspondencia, que aúna la erudición y el chascarrillo, y, a pesar de la facilidad con que escribía esas cartas, que podía llevarle a no valorarlas, no cae en el error de despreciarlas, como muchos escritores, que rechazaron precisamente aquella parte de su obra por la que hoy se les recuerda, dando más importancia a otro sector de su producción, más serio o canónico pero sin vigencia. Quizá, para el lector actual, no sólo para el historiador, sean sus cartas la parte de su obra con más interés.

Los cambios de la Guerra de la Independencia.

Vargas, escritor público.

Mucho de lo que se ha comentado hasta ahora continuó hasta el fin de sus días, pero otras cosas desaparecieron con la erosión del tiempo, la enfermedad, el entorpecimiento de enemigos y envidiosos,²⁶ y con la Guerra de la Independencia y los cambios que forzó la revolución española. Alcalá Galiano lo señalaba en sus *Recuerdos de un anciano*: aunque se quisiera volver en 1814 a los tiempos anteriores a 1808, esa vuelta atrás era imposible porque «fue muy duro el golpe, llegó a penetrar muy en lo hondo el movimiento que recibieron nuestra monarquía y nuestra sociedad en 1808, y desde entonces hasta 1814, para que pudiesen tener efecto cumplido los deseos y conatos de quienes querían pasar por encima de seis años, y no años ordinarios, como si tal hueco no hubiese existido» (1955, pp. 35a).

²⁶ Fue dos veces candidato a director del Seminario de Nobles, y nunca logró el puesto a pesar de contar con el apoyo de personas influyentes. La primera, con la ayuda de Saavedra que, como Jovellanos antes, le consideraba el más adecuado, pero lo perdió en beneficio de un «paniguado» [son sus palabras] de Urquijo. En lugar de conseguir el puesto, que le habría permitido dedicarse a sus actividades intelectuales con más desahogo y en Madrid, que era donde le gustaba estar (además de por razones de salud), fue alejado de la Corte en 1798 (Fernández Duro, 1894, p. 519). En la segunda ocasión contaba con el apoyo de la reina María Luisa, pero hubo nuevas maquinaciones que lograron su destierro desde 1804 a 1806, so capa de ciertas comisiones encomendadas por el Príncipe de la Paz (p. 524). Antes, en julio de 1796, se le encargaba la redacción de la expedición de Malaspina y el 23 de agosto ya no cuenta con ello, quizá porque él mismo se retira del proyecto (Jovellanos, 1986, pp. 241 y 244).

Así pues, en 1808 se encuentra en Madrid como censor de la Academia de la Historia, en 1804 era su director. Entonces se produce la entrada de los franceses y es hecho prisionero. En 1812 escapa a Cádiz, donde participa en los trabajos de las Cortes y, luego, en varias polémicas literarias, que utiliza en beneficio propio.

La primera es junto a Böhl de Faber, con quien compone el panfleto *Donde las dan, las toman*, en 1814, para contestar «a lo que escribieron Mirtilo y El Imparcial en el *Mercurio gaditano*, contra Schlegel y su traductor». En el origen de la polémica está una «Crítica de las reflexiones de Schlegel sobre el teatro insertas en nuestro número 121», que apareció en el número 127, suscitada por las anónimas, pero de Böhl, del 16 de septiembre, «Reflexiones de Schlegel sobre el teatro, traducidas del alemán». Posteriormente hubo otros episodios, hasta el folleto que escribe con Vargas Ponce, que consta de cuatro capítulos, cuyo tercero se debe al gaditano, que empleó para esta salida el pseudónimo «El Bóreas español». En él disertó sobre ritmo y rima. Böhl, cuando en 1820 volvió a editar este trabajo, lo hizo con el título *Vindicaciones de Calderón* y sin el capítulo de Vargas, titulado «Contestación al Imparcial que escribió en el número 132 del *Mercurio gaditano*» (Pitollet, 1909, pp. 103-111 y Carnero, 1978, pp. 170-173).²⁷ Como se ve, el folleto responde a varios artículos aparecidos en el periódico de Cádiz. Pitollet y Carnero han señalado que las páginas de Vargas son bastante confusas y no aclaran nada de lo que en principio se propuso. En los otros capítulos, sobre todo en el último, Böhl se refiere a la profesionalidad de las letras, de lo que Schlegel es ejemplo, y a sí mismo y a Mora como «eruditos a la violeta» (1814, p. 21).

Pocas alusiones políticas hay en el folleto, pero implícitas van ideas, patrimonio por entonces de los reaccionarios, como que la Revolución Francesa supuso un cambio estético de resultados también políticos. Reprocha Böhl a *Mirtilo*, que es Mora, su adhesión a «los principios enciclopédicos en general, que todos se dan la mano, y que tratando de una subversión total, pretenden introducir el despotismo en la República Literaria, al mismo tiempo que quieren el republicanismo en el orden social» (p. 10). Poco más hay explícito en cuestión de política, aunque sí hallemos mucho en las alusiones al espíritu caballeresco, en la identificación entre patria y cierto gusto literario, y en la acusación de antipatriotas a los que criticaban a Calderón. Desde luego estas alusiones no se encuentran en el texto de Vargas que, generosamente, se podría calificar de «técnico», al menos en su intención, pues intenta aclarar y distinguir la confusión de *El Imparcial* entre ritmo y rima y alguna otra cuestión

²⁷ Debo a la amabilidad de Guillermo Carnero la copia del folleto *Donde las dan, las toman*, con la que trabajo. Redactado este artículo, he sabido que en la Biblioteca de Temas Gaditanos hay ejemplar del mismo.

léxica, como llamar «fiesta» a ciertas obras teatrales. En realidad, son páginas sin contenido ni interés.

Pero, ¿qué ha sucedido para que Vargas, contrario a periódicos y a contestar a autores vivos, se convierta en lo que en la época se llamaba despectivamente «escritor público» e intervenga en una polémica literaria? Podríamos pensar que su amistad con Böhl²⁸ y el hecho de atacar un ejemplo de lo que siempre había criticado: que se juzgaran asuntos literarios con poca erudición desde diarios y gacetas.

Pero quizá puede haber otro motivo. Vargas, liberal y acusado de afrancesado²⁹ hasta tener que sufrir en 1813 un proceso de «purificación» que finalizaba en 1814, debió de encontrar una oportunidad estupenda en esta polémica para vindicarse de las acusaciones de antiespañol, participando a favor del conservadurismo de Böhl. Se verá después que, posiblemente, estuvo cerca de los que firmaron el Manifiesto de los Persas, quizá para evitar la dura persecución que otros padecieron. Era, o podía ser, su forma de intentar alejar dudas y opiniones (que parecen ciertas). Colocarse junto al alemán, que defendía posturas conservadoras y nacionalistas, frente a Alcalá Galiano y José Joaquín de Mora, de tendencias más liberales que las suyas e incluso, en algún momento, republicanas, le tenía que resultar beneficioso. Recuérdese que se colocaba frente a los que pretendían «introducir el despotismo en la República Literaria, al mismo tiempo que quieren el republicanismo en el orden social» y, según la identificación reaccionaria del momento, frente a la Revolución Francesa.

Así pues, Vargas Ponce, si es que no interviene en ella por otras razones —puesto que esta época de su vida es bastante oscura—, se sirve de la polémica en su propio beneficio, pero no es capaz de intervenir con un estilo adecuado al medio periodístico en que se desarrolla y sus textos resultan, sobre pesados, abstrusos y poco ciertos en los ataques; dominaba poco y mal el discurso de la sátira o cualquier otro que no fuera el de la erudición.³⁰ Por otro lado, significativamente, siempre pone de manifiesto la poca preparación de los implicados, de modo que tal vez no sea errado pensar que consideraba aquellos años, con respecto a los que le tocó vivir antes, años de decadencia cultural. ¡Qué pensaría Ambrosio de Morales, que había confiado en que el siglo XIX enmendaría al XVIII!

²⁸ Para algunos miembros de su familia compuso versos y son muchas las cartas que se guardan. *Fernán Caballero* las califica de «innumerables, de mucha chispa, pero todas empañadas con su chocarrería» (Cueto, 1875, p. 611). El mismo Cueto relaciona varios poemas, dirigidos a la esposa de Böhl (p. 609a) y a su hija Aurora (p. 609a-b).

²⁹ Alcalá Galiano, pocos años después, se refería a lo peligroso que era recibir dicha acusación: «¿No fue él [no alude a Vargas] quien lanzó la voz *francesismo* en una época en que esta voz puede dañar a aquel a quien se la aplica?» (Camero, 1997, p. 270).

³⁰ Recuérdense las palabras de Alcalá Galiano sobre el lenguaje de su tragedia.

Por otra parte, es el desprecio de un reciente académico de la Lengua, pues él, junto a otros liberales como Quintana, Eugenio de Tapia y Martínez de la Rosa, había sido elegido por unanimidad el 24 de febrero de ese año 1814. Dérozier señala que fue el único triunfo moral de los liberales, por aquellas fechas duramente hostigados por el grupo que lideraba Ostolaza (1978, p. 674). Faltaban sólo dos meses para que Fernando VII pisara Valencia.

El desprecio hacia los periodistas, miembros espúreos de la República Literaria, se percibe mejor poco después, cuando participa en otra escaramuza pública, esta vez científica, que, sin embargo, está ideológicamente relacionada con la anterior. En 1817 dio a las prensas el folleto *Quinta edición de un papelón tontorrón tontorrón*,³¹ contra un ensayo químico que se hizo en la Sociedad Económica de Cádiz el 11 de noviembre de ese año para iluminar con el gas que resultaba de quemar carbón piedra. Le contestó en 1818 un tal «Justo Candiles», con el *Pasagonzalo entre burlas y veras*, en el que nuestro autor es caracterizado como enemigo del progreso, y al que respondió con un *Varapalo al pasagonzalo*. Títulos, todos ellos, en la órbita de los que pusiera Gallardo a sus papeles. No me consta que Vargas conociera al extremeño, aunque es muy posible que sí, dado el interés de ambos por los papeles antiguos y su condición de diputados a Cortes. Gallardo también dio noticia del comentario desafortunado de Vargas contra Forner, pero quizá entonces a quien conocía era al segundo, extremeño como él.

Ha cambiado Vargas desde 1795. Ahora sí contesta a un panfleto que aparentemente no tenía la menor importancia pero que se publicaba en Cádiz, donde era conocido, y que ponía en duda los conocimientos y la preparación de alguien que poco antes había visto premiados por el Ayuntamiento sus *Servicios prestados por Cádiz de 1808 a 1816* (1818). Se cuestionaban su gloria y fama literarias. Su respuesta, en diálogo, no pasa de ser una cansada contestación a argumentos, dichos y opiniones de «Justo Candiles», farragosa como las páginas de su intervención en 1814 junto a Böhl. Se defiende de la acusación de no saber química dando algunos datos biográficos y enumerando sus relaciones con Proust, Chavaneau, Escaño y otros, y, como tantos en la bisagra del siglo, saca a colación a don Quijote, del que muchos echaban mano a la hora de formular sus críticas.³²

³¹ El ejemplar que he consultado, perteneciente al fondo Imaz de la Biblioteca Nacional, escritas a mano con letra de la época, tiene las siguientes palabras: «Por el académico historiador D. José Vargas Ponce».

³² «Salve, nuevo don Quijote / de literarios entuertos: / de las *Doloridas* macho(s) / salve, salve, andante nuevo / [...]. / ¿Don Quijote, entuertos buscas? / Pues no te ocupes a tuerto; / tuertos hay que a media luz / han de bajar al infierno. / Dime por tu Dulcinea. / de errores flamante ingenio, / ¿quién endereza los tuyos / mientras curas los ajenos?» (pp. 15-16).

En esta polémica parece haber una estrategia contra los que tenían posturas aperturistas, y así ataca a Alcalá Galiano desde el *Varapalo al pasagonzalo*, como hacía Böhl ese mismo año 1818 en otro folleto, en el que identificaba y penalizaba actitudes progresistas como aceptar el método Lancaster de estudio, interesarse por el alumbrado por gas y otras novedades. Vargas también descalificaba a quienes aceptaban los nuevos medios y avances, acusándoles de ignorantes. Es decir, disimulaba su ataque ideológico desautorizando a los que llevaron a cabo la experiencia y a los que la apoyaban, como Alcalá Galiano. De esta manera, una anécdota científica, que también tenía que ver con posiciones didácticas (materia en la que Vargas tenía gran experiencia), se convertía en eje de posicionamiento ideológico.

Alcalá contestó al folleto de Böhl, el *Pasatiempo crítico*, y a otros, junto con Mora desde *Los mismos contra los propios*, en título que claramente retoma y vincula esta polémica con la anterior. En ese folleto, integrado por varios papeles, Alcalá insistía, como había hecho desde el número 137 de la *Crónica Científica y Literaria*, que como se sabe era el periódico de José Joaquín de Mora, en que a Böhl de Faber no le hacía ningún favor ser amigo de Vargas: «No pretendo que por ser amigo de N. [N. es Vargas] merezca mi anatema (de poco valor por cierto). Si N. es, como sospecho, el autor del *Tontorrontón*, sépase que sólo traté de aprovechar una ocasión para mi despique. Este señor, sin saber por qué, me honró con sus insultos en el *Varapalo*, y justo es que yo diga de sus versos que, desde la tragedia de *Abdalasis* (*sic*) y *Egilona* hasta los de su último papelón, son duros, afectados y tenebrosos» (Carnero, 1997, p. 273).

Este ataque de Alcalá Galiano sitúa a Vargas en el bando conservador, y las alusiones parecen referirse a la condición camaleónica del autor. Dos años después, ya en período constitucional, le vamos a ver en el contrario. Hay que suponer que el gaditano intentaba pasar aquellos duros años de represión absolutista de la forma menos problemática posible. Recuérdese que sólo fue extrañado a Andalucía y no se vio en la necesidad de exiliarse o huir del país.

A efectos del lugar que ocupó Vargas en la República de las Letras, a la que alude en el *Varapalo* (p. 19), estos papeles son del máximo interés porque manifiestan su incapacidad para cambiar de registro y participar en la asendereada vida literaria que trajeron los nuevos tiempos tras la Guerra de la Independencia. Quizá, lo más interesante sean sus reflexiones sobre la conducta de los literatos y el significado de la anonimidad, que se relacionan con algo que ya expuso en su carta sobre *La corneja sin plumas*:

Los anónimos son en la República Literaria lo que las máscaras en la república de las carnestolendas. La inveterada y no interrumpida costumbre les

ha concedido y sancionado la regalía de decir verdades picantes, que no son corrientes sin este disfraz (p. 16).

Es decir, que el anonimato es una institución de la vida literaria que permite a los escritores, libres de las ataduras del decoro, decirse cosas que de otro modo no se atreverían. Y así, de él se sirvieron, «Samaniego para su Tomé Cecial; el ilustre Jovellanos en sus celebérrimos romances contra el fantasmón de Huerta» (p. 17), Isla, Jorge Pitillas, Forner contra Iriarte (no se cita a sí mismo), Quevedo contra Montalbán, Lope y Paravicino, Feijoo y Sotomarne, y todos para caer en las «personalidades».

Aunque el autor y político intenta no perder el paso de los tiempos y participa en política e interviene en la «cosa pública» de la República de las Letras, se pone de manifiesto que ése no era su campo y que ya era tarde para cambiar. Vargas Ponce puede ser erudito pero no periodista. Ese año 1818 le visita en Cádiz Ticknor, que preparaba su historia de la literatura española. Años después, en una nota manuscrita al catálogo de su biblioteca, el hispanista norteamericano recordaba su gran erudición: «Vargas Ponce, of whom I have several tracks, and who was personally known to me, was, in 1818, a retired naval officer, with much scholarlike accomplishment» (Whitney, 1879, p. 387a).

Vargas Ponce, político.

«Tendrán las Cortes su segundo oriente
y serán, libres de mortal desmayo,
el sol que alumbre la española gente»
(*Los ilustres haraganes*, 1820, p. 14).

Su actuación política, como se ha apuntado, varió según los momentos que le tocó vivir y a ella no fueron ajenos ni cierto oportunismo ni, en ocasiones, cierto revanchismo.

Cuando entraron los franceses en Madrid Vargas era censor de la Academia de la Historia. En el informe que escribió sobre sí mismo en 1813 —necesario precisamente a todos los oficiales que habían estado en contacto con los franceses— señala sin embargo que no colaboró con ellos, que fue hecho prisionero y que se negó «a todo trato con el enemigo ni sus secuaces» (Fernández Duro, 1894, p. 527). Entre éstos estaría Mazarredo, su superior, que intentó —siempre según sus palabras— captarlo para el gobierno josefino. Por su negativa a colaborar, habría tenido distintos problemas.

Vargas se empeña en mostrarse libre de las acusaciones de afrancesado, señalando incluso que, una vez libres de los franceses, los madrileños quisieron elegirle alcalde. Sin embargo, el gaditano había formado parte de la Junta de Instrucción Pública, al servicio del rey José I, integrada, además de por él mismo, por Meléndez Valdés, Juan de Peñalver, Estala, Juan de Andújar, Francisco Marina, Fernández de Navarrete, Conde y Marchena. La *Gaceta de Madrid* del 2 de diciembre de 1811 da cuenta de los nombramientos (Demerson, 1971, pp. 492-500; Mercader Riba, 1983, p. 531). De hecho, cuando llega a Cádiz en 1812, pasándose a los patriotas, antes de ser elegido diputado por Madrid, formó parte de la Regencia, precisamente como miembro de la Junta de Instrucción Pública Patriótica, pero de la segunda, porque los trabajos de los primeros miembros no parecieron satisfactorios. Esta nueva Junta Patriótica estaba formada por Vargas Ponce, Quintana, Martín González de las Navas, Eugenio de Tapia, Clemencín y Ramón de la Cuadra. Fueron nombrados el 18 de junio de 1813 y el 9 de septiembre ofrecían el *Informe de la Junta creada por la Regencia para proponer los medios de proceder al arreglo de los diversos ramos de Instrucción Pública* (Dérozier, 1978, p. 703, observa que Quintana fue el principal redactor).

En esos años, y mientras se desarrolla el proceso de purificación, obligado por decreto de las Cortes debatido en la sesión del 4 de septiembre de 1812 (Actas, 1964, pp. 357-415), que juzgaba a los oficiales que habían mantenido contacto con los franceses, Vargas, según Guillén Tato, era «un tanto liberalote» (1952, p. 396) y se demuestra por las amistades que tenía. Pero la situación de los liberales, entre finales de 1813 y comienzos de 1814, empeoraba por momentos. Vargas es purificado el 8 de abril de 1814 e inmediatamente, según se desprende de una carta a Félix Amat,³³ se vincula al grupo de los Persas, cuyo Manifiesto es del 12 de ese mismo mes. Hay que señalar, para explicar este acercamiento, que en el punto 82 de dicho Manifiesto se justificaba a aquéllos que habían colaborado con los franceses porque no pudieron pasar a Cádiz, y se señalaba que gracias a ellos se evitaron males mayores y que ayudaron además a recobrar el país.³⁴ Vargas había formado parte de este grupo y tam-

³³ El 17 de noviembre de 1817, le dice: «no calo cómo se podrán entender hablando cada uno el suyo un catalán (con perdón de usted) y un persa» (Fernández Duro, 1894, p. 533).

³⁴ «Punto 82. El 11 de agosto de 1812 principiaron los decretos contra los empleados que, habiéndolo sido por los señores reyes, toleró su continuación el intruso, sin despedirlos. Este paso, que ha arruinado miles de familias, suponía delito el no haber emigrado a Cádiz, donde la puerta no estuvo franca, y se olvidó que con estar en sus casas han evitado los mayores males, han ayudado a la reconquista y daban lugar a que exista nación que V.M. vuelva a gobernar. Fue paso, por su generalidad, injusto, y por las circunstancias, antipolítico, capaz de resfriar el patriotismo y añadir fuerzas a los franceses» (Diz-Lois, 1967, p. 236).

bién de la comisión que debió juzgar a los funcionarios que colaboraron con José I, a los que se alude en el punto indicado.³⁵

Se ha discutido mucho sobre el valor político del Manifiesto de los Persas como primer estatuto del conservadurismo español. Sea lo que fuera de tal discusión, lo cierto es que en él se defendía el despotismo más absoluto y se pedía el mantenimiento de la ignorancia y de los modos feudales de relación, como en el punto 133, en el que se preguntaban los firmantes la razón de querer cambios que indignaban a los «que ni distinguen ni meditan» y están acostumbrados a no gemir bajo las circunstancias —otros pensarían el yugo— del absolutismo (Diz-Lois, 1967, p. 264). Llama la atención que Vargas «suscribiera» dicho documento, cuando siempre se preció de trabajar para «la educación e ilustración de esta monarquía», como señalaba en 1813, sólo unos meses antes (Fernández Duro, 1894, p. 529). Mucho debía ver peligrar su situación —y es la única explicación que encuentro—, cuando apoyó un documento que pedía se estimara sin valor la Constitución de Cádiz, que él juró, y propiciaba que todo volviera a los tiempos anteriores a 1808. Es posible que incluso su purificación hubiera dependido de dicho apoyo, así como su futuro: poder seguir en España. El hecho es que, durante el absolutismo, y seguramente gracias a ese acercamiento, Vargas pasa esos años sólo extrañado en Andalucía, en su propia tierra,³⁶ sin sufrir la dura persecución que otros padecieron, ni tener que emigrar.

Cuando en 1820 vuelva a ser diputado su actuación será antiafrancesada —se verá a continuación en su enfrentamiento con Lista— pero no conservadora. Se moverá en una franja que podríamos encajar en el liberalismo moderado, por lo que algunos podrían calificarle de cercano al servilismo, como indica el canónigo Carlos González de Posada, amigo de Jovellanos —«Este no es el Vargas diputado del año 14. No conservó su carácter como lo conservan los personajes de sus tragedias. Puede ser que [...] sufra usted la nota de servilismo o catolicismo; pero yo sé de cierto que tuvo usted más miramiento al bien del Estado» (Fernández Duro, 1894, pp. 537 y 538)—, pero también con actuaciones más claramente liberales, como cuando escribe y vota contra los mayorazgos. Algo de este giro conservador, interesado y defensivo, se ha podido ver ya en su participación en las polémicas de los años 1814 y 1817. En todo caso, y como indica Domínguez Ortiz (1990, p. 38), llevó a cabo una intensa actividad como diputado tanto en 1813 como en 1820.

³⁵ Gómez de Arteche comenta: «La comisión que se ocupa de dictaminar acerca de los funcionarios que sirvieron al intruso (Canga, Vargas, Robles, Agulló y Norzagaray) ha considerado a los subalternos, en lo general, como unos españoles desgraciados e infelices que, faltos de recursos aun para vivir, y acaso agobiados con el peso de mil obligaciones, no podían hacer lo que su corazón les inspiraba» (1868, p. 75).

³⁶ «Tuvo el honor de ser contado en el numeroso catálogo de tan ilustres víctimas» como fueron los diputados (Fernández de Navarrete, 1848, p. 205).

Pasó entre Sevilla y Cádiz el período absolutista, inmerso en asuntos literarios y en la inspección del Archivo de Indias, hasta que con la restauración del sistema constitucional volvió a Madrid, como diputado y director de la Academia de la Historia.³⁷ Según carta de Navarrete a Tomás González, del 14 de junio de 1820, habría llegado a la capital pocos días antes y su elección como diputado liberal, junto a Clemencín, Quintana y otros, se sabía desde el 23 de mayo en que los periódicos difundieron la noticia (Demerson, 1978, p. 693).

Después de los folletos publicados al participar en las escaramuzas aludidas y de sus *Servicios prestados por Cádiz*, volvió a imprimir trabajos breves como su *Dictamen sobre el Almirantazgo* y otros sobre la necesidad de un archivo general y sobre la ilustración del reino, todos de 1820. De ese mismo año es su sátira en verso contra los mayorazgos, que apareció anónima y le valió al menos una muy dura andanada desde *El Censor* de Lista.³⁸ Sebastián Miñano, que criticó desde sus «Cartas del madrileño» *Los ilustres haraganes, o apología razonada de los mayorazgos*, conocía al autor.³⁹ Lo brutal de las alusiones hace sospechar que, además de razones políticas, existían otras personales para explicar el enfrentamiento.

En efecto, dos razones al menos justifican el ataque. Por un lado, el hecho de que el propio Miñano tuviera un pequeño mayorazgo en Corella (Pamplona), heredado por vía paterna. Por otro, el ataque era una respuesta a la oposición que hizo Vargas Ponce a que se le concediera al afrancesado Lista una cátedra en los Estudios de San Isidro. El 10 de octubre escribía Lista a Reinoso: «Mis esperanzas isidorianas volaron. Vargas Ponce clamó contra el afrancesamiento y aterró a Muñatorres, que había prometido proponerme» (Juretschke, 1951, p. 560). El 21 de ese mismo mes escribe Miñano sobre los haraganes de Vargas en una de sus famosas cartas de «El madrileño»: «abrí, en efecto [el papel], y lo primero que vieron mis ojos fue una octava que le sirve de epígrafe, tomada de aquel detestable poema de antaño llamado el *Peso*

³⁷ Mezonero Romanos destacó en sus *Memorias de un setentón* «la calma y la gravedad en las discusiones de aquella Asamblea [de las Cortes], el espíritu de tolerancia y abnegación que dominaba en aquellos hombres, casi todos víctimas recientes del despotismo» (1994, pp. 291-292) y cita a Vargas Ponce «entre los seglares políticos y literatos, magistrados, militares y hombres científicos» que descollaban en aquel concurso (p. 291).

³⁸ Esta sátira se hacía eco del debate que se mantenía en las Cortes y que dio pie a una ley, llamada de Desvinculación, del 11 de diciembre de 1820, que suprimía mayorazgos y vinculaciones, permitiendo a hidalgos y nobles vender sus tierras. Se suspendió en 1825, ya en época absolutista. Como otros asuntos, en las Cortes de Cádiz también se había discutido, en la sesión del 21 de febrero de 1812 (*Actas*, 1964, II, pp. 881-887). Ese año 1820 Vargas intervino activamente en las sesiones que volvieron a plantear la necesidad de reformar la instrucción pública, aunque de forma infructuosa (Demerson, 1978, pp. 708-710).

³⁹ El propio Miñano (1968, pp. 145-149) trató sobre los mayorazgos en la carta octava de sus *Lamentos políticos*, aparecidos en 1820.

duro [de Vargas, publicado en 1813]. Bien conocí desde luego que quien se atreve a tomar por texto un trozo de la obra más estúpida que han conocido los siglos no podía menos de tener los sesos hechos suero [...]. Todavía hay escritores capaces de competir en lo necio con el mismo autor del *Peso duro* y de la *Egilona*» (1820, pp. 444 y 445). La censura se alarga desde la página 437 hasta la 452, repasando los tercetos de Vargas que, además de situarse, en cuanto intencionalidad, en la línea de la sátira de Jovellanos «A Arnesto» contra la ociosidad de la nobleza,⁴⁰ son francamente malos⁴¹. «El madrileño» Miñano, además de lo citado, hace otros comentarios malévolos, indicando el oportunismo de Vargas y recogiendo los ecos de la antigua acusación de colaborar con los franceses —cosa que tanto él como Lista hicieron y por la que tuvieron que abandonar España—:

¿Quiere usted apostar a que este tuno pretende hacerse pasar por uno de los diputados de Cortes? [...] ¡Buena andaría nuestra representación nacional, si estuviese confiada a un miserable de este jaez! [...] Mucho me temo que este poetastro infando y enrevesado ha sido una de dos cosas: o militar que se quedó en Madrid durante la ocupación de los franceses, o empleado civil que huyó de cumplir con sus obligaciones y, en ambos casos, ¡qué ser tan despreciable aparece a los ojos del verdadero patriota! Muéveme a esta sospecha un terceto que encontrará usted en la página II, que dice estas palabras:

Por gozar, por gozar pierden el tino;
viva la patria, si salvó el fracaso;
y si vence el francés, viva Pepino.

[...] Mañana se le antojará decir que también es *académico* y ya con esto solo es capaz de desacreditar a cualquier cuerpo literario. [«Estos galopos» deberían] sufrir la ignominia de que viesen estampado su verdadero nombre al pie de una obra tan asquerosa, como por ejemplo, la de *Los ilustres haraganes, o apología razonada de los mayorazgos* (pp. 451-452).

Muy mal parado sale Vargas de esta crítica, pero ya había escrito que los anónimos y pseudónimos, práctica corriente en la República Literaria, servían precisamen-

⁴⁰ De hecho alude a ella mediante el robo de un verso: «Los que apenas remueven sus colmillos / los que adorman veneras, llaves, bandos / y (chito Arnesto) cuellos y cerquillos» (vv. 19-21).

⁴¹ «Este verso es de la librería de Juan Hurtado: los ladrones de versos presumen de tan buenos como los de Guevara».

⁴² Por ejemplo: «Aquí, aquí los que huyen de peazgos / y en coche del mantel a la almohada / inertes ruedan. Salve mayorazgos / [...] / Benévolos prestad plácida oreja, / (miembro feliz que inmortal se ejercita, / del alma-monja siempre abierta reja)», etc.

te para, de acuerdo con las normas no escritas de ésta, decir aquellas verdades u opiniones «picantes, que no son corrientes sin este disfraz».

Evidentemente, del mismo modo que Lista y Miñano conocían al autor de *Los ilustres haraganes*, Vargas sabía quiénes estaban detrás del ataque periodístico. El caso es que la descarga fue tan fuerte que retiró su folleto del mercado. Y así, el 24 de noviembre, de nuevo escribía Lista a Reinoso: «El buen Cornejo⁴² ha retirado de la venta pública *Sus ilustres haraganes*. Se contenta con hacer a los afrancesados todo el daño que la debilidad de los gobernantes le permite. A mí me ha privado de la cátedra de elocuencia de San Isidro» (Juretschke, 1951, p. 562).

Vargas, una autoridad en los años finales de su vida, a pesar del asombro de Alcalá Galiano, se lanza a una campaña, más o menos anónima, de participación en las «cosas públicas», no desde la postura del erudito sino desde la del que utiliza los medios nuevos que tiene a su alcance: el folleto, el panfleto, el periódico, aunque, como ya se indicó, sin la ductilidad necesaria para emplear esos instrumentos con eficacia.

En todo caso, dicha actitud muestra un cambio en su manera de pensar.

Hacia 1821. Un genio saturnino de la República de las Letras.

De entre 1820 y 1821, en que ejerce como director de la Academia de la Historia, de la que era decano, y como diputado, se conserva una semblanza burlesca que le hace más favor que el ataque de Miñano y Lista y que pone de relieve, frente a otras limitaciones, su valor como erudito:

Aunque no surcó mares, fue marino. Pero ¿qué importa que no los surcase cuando en cambio de ellos tuvo el valor de embarcarse en cuantos archivos y bibliotecas llegaron a su noticia? ¿Qué importó que no sacudiese el polvo a los piratas y corsarios, cuando se le sacudió con tanto gusto y constancia a tantos códices, historias, cronicones y libracos? ¡Qué de noticias utilísimas, recónditas, curiosas e inéditas almacenó en su sapientísimo cerebro!⁴³ ¡Qué de invenciones, verdades y descubrimientos debe el mundo literario a su constante aplicación y a su delicadísimo gusto! Él nos dio a conocer el número cabal de apellidos antiguos de nobles y mayorazgos que hubo en España; él hizo la cuenta exacta de los legajos abiertos y por abrir que hay en los

⁴² Alusión al folleto *La corneja sin plumas* que, como se ha visto, escribió Forner contra Vargas en 1795; episodio, al parecer, bastante conocido.

⁴³ Mantengo esa grafía en consideración al gusto que Vargas tenía por la lengua antigua española. Seguramente aquí el autor de la semblanza hace un guiño irónico a esa predilección, que años después criticaría Alcalá Galiano.

archivos de Simancas, Toledo y Sevilla; las de las fanegas de chicharros y menestras que llevaron las famosas carabelas que salieron de Sanlúcar y de Palos a dar vuelta al mundo y descubrir nuevas tierras; los maravedises que en aquellos venturosos tiempos costaba un buey en Andalucía; los moros muertos y flechas que se encontraron en los campos de batalla de Aljubarrota y de las Navas de Tolosa; las veces que se dignó aparecer Santiago en los aires matándolos como chinches; y la tierra natal de los primeros guindos y cerezos, camuesos y peros que vinieron a España, con otras infinitas y rarísimas particularidades. Dícese por muy cierto que él decía que había bajado de Saturno para ser diputado, y que concluida su misión se volvería a aquel planeta. *Requiescat in eo. Amen* (González Azaola, 1821, pp. 69-71).

Entre bromas y veras se destaca la actividad literaria de Vargas y su dedicación preferente a los asuntos de Historia y archivísticos. Es significativa esa idea «muy cierta» de que vino de Saturno para ser diputado; conocida es desde los tiempos de Marsilio Ficino la filiación melancólica de los escritores y artistas, de los que, de manera general, se decía que habían nacido bajo el signo de Saturno (Wittkower, 1992). En principio se consideró «hijos de Saturno» sólo a los eruditos y escritores, pero a lo largo del Renacimiento a ese grupo se añadieron los artistas. La descripción que se hacía de éstos, sumidos en sus pensamientos, alejados de la sociedad y del trato humano, y un si es no es excéntricos cuando se relacionaban con los «mortales», encaja bastante bien con el carácter de Vargas. Según el dístico de Hugo Grotius, «la melancolía, aquella aflicción tan calamitosa de alma y mente, [que] a menudo oprime a los hombres de talento y genio», a juzgar por sus cartas, pilotó los días de Vargas Ponce.

Si tenía por cierto que había venido de Saturno para ser diputado, y si Saturno era el padre de eruditos y escritores, parece claro que ese planeta del que procedía y al que denominaba con el nombre del dios era la intemporal República de las Letras, de la que seguramente se consideraba uno de sus más claros exponentes y a la que volvería una vez terminara su misión. Cabe pensar, por tanto, que Vargas Ponce se dedicó a la política con la intención de llevar a cabo un proyecto, básicamente de reforma de la educación, pues es el aspecto en el que más insistió, que es lo mismo que querer cambiar la fisonomía de España y proyectar su futuro. De esta forma habría intentado llevar a la práctica las ideas debatidas con sus amigos en las tertulias y que había dado a la luz pública en diversos escritos. El teórico (y retórico) humanista se volvía práctico que intentaba cambiar la realidad; los proyectos auspiciados en los tiempos de la Ilustración veían la posibilidad de hacerse realidad. Vargas Ponce abandonaba temporalmente su papel de Ambrosio de Morales y se vestía de Jovellanos.

Por otro lado, para el pensamiento de la Ilustración, la melancolía era el sentimiento de la propia imperfección, que daba origen, precisamente, a la búsqueda de lo perfecto, que no se encontraba ni entre los hombres ni en la naturaleza. Era la consecuencia de conocer los límites de la condición humana al comprender que, por mucho que en apa-

riencia se pueda dominar el mundo, habrá siempre una zona que permanezca indomeñable. El artículo de la *Encyclopédie* relativo a este concepto es especialmente claro. Como también lo son tres obras literarias que en esos años dieron forma al melancólico como tipo que anunciaba ya el Romanticismo: *René* (1802), de Chateaubriand, *Oberman* (1804), de Sénancour, y *Adolphe* (1816), de Constant. No sé si Vargas las conoció pero, si no fue así, le bastaba con su propia experiencia —en las cartas a Navarrete habla de sus melancolías— para caer en ese estado saturnal propio de muchos hombres de letras, desengañados al enfrentarse con la realidad tras salir de su mundo de estudio.

Al final de tan largo recorrido por una parte de la producción de Vargas Ponce, éste parece una figura típica de la Ilustración española, alguien que repite sus tópicos mejores, desde los que evoluciona hacia formas ideológicas liberales. Entregado a la curiosidad enciclopédica y variada propia de muchos eruditos de aquella época, registra cuantos archivos están a su alcance; creyente en la función salvadora de la educación, aunque no siempre optimista, escribe sobre ella y defiende desde las Cortes la necesidad de implantarla en la nación; generoso con su saber, no duda en pasar a sus amigos, hermanos en la República de las Letras, las noticias que pudieran necesitar; monárquico con relaciones problemáticas con el Poder y más tarde diputado, sufre destierros y proscripciones. Pero, de tan típico como a veces es, se escapa. Todo eso parece la careta que oculta al hombre (hasta que la careta se convierte en el hombre). Aún no poseemos todos los datos de su biografía y de su personalidad que expliquen sus actitudes y sus destierros, que den cuenta del porqué de su dispersa, obsesiva y diversificada actividad intelectual, que le llevó, en palabras de Ceán, «siempre corriendo» de la Historia a la Marina, de la demografía a la geografía, pero también a la acción política en las Cortes de Cádiz y en el segundo período constitucional.

Su dedicación a las letras parece a menudo una huida de la realidad, ese refugio al que tantas veces alude. Tras empezar a triunfar en Madrid, apoyado por sus amistades —y ahí el papel de Jovellanos fue determinante— y con el favor de las instituciones culturales, se retrae al mundo reducido en proyección social (pero vasto) de la erudición, encontrando consuelo para los reveses de su fortuna. O no fue hábil, como sí lo fue su amigo Navarrete, para llegar a tener una posición desahogada y más sólida en los cenáculos literarios y en la vida pública, o desertó pronto de la sociedad, en la que sin embargo había brillado gracias a sus dotes de hablista, sobre todo entre las mujeres, que solían referirse a él como «el dulce Vargas» (Valera, 1912, p. 253).⁴⁴

⁴⁴ Lady Holland hacía este retrato de Vargas el 27 de junio de 1804: «Is an officer of Marine, who is out of favor at Court on acct, of the freedom of his opinions. He is a member of the Academy of History, and is employed in writing a history of the Castilian Marine; by birth an *Andaluz* and a friend of Jovellanos. Good-humoured man with a natural flow of spirits, some wit, and turn for sarcasm» (1910, p. 152)

Da la impresión de encontrarnos ante un hombre que encubre su verdadera forma de entender la realidad, melancólica —vino de Saturno—, con el velo difuminador del humor, la cita erudita y a menudo del sarcasmo. Sus cartas destilan, si no es imagen literaria construida, desengaño, cansancio —aparte de dolor físico— y esa insatisfacción de los que sin haber llegado a triunfar absolutamente son obligados a retirarse a sus cuarteles de invierno para pasar sus días alejados de la sociedad, vueltos sobre sí mismos y entregados a grandes proyectos —impotencia y orgullo— que no se llevarán nunca a cabo.

Lo explicitaba con indisimulada amargura, a pesar de los términos, en 1813, cuando desde Cádiz pedía en su larga «Nota de las tareas literarias» un «destino literario poquísimamente dotado y de honesta condecoración» con el que seguir trabajando a pesar de su quebrantada salud y porque lleva muchos meses sin recibir su paga de capitán de fragata: «por fortuna, el amor al estudio, única causa de mi postergación, multiplica los consuelos para llevarla, no sólo con serenidad, sino con alegría» (Fernández Duro, 1894, p. 532).

Quien ejerció de forma tan declarada de hombre de letras y practicó en una época de cambio que no lo propiciaba el modelo de erudito humanista (con sus virtudes y defectos), dejó numerosas noticias sobre cómo entendía el ejercicio literario y sobre cuál debía ser el orden de la República —algo que en cierto modo llevó a cabo al reformar los estatutos de la Academia de la Historia (pequeña República Literaria), que apuntó al comentar la necesidad de una Academia de Ciencias y cuando despreciaba lo que para él era charlatanismo periodístico—. Había leído a Mayans y, aunque no admiraba su estilo, compartía su visión humanista —más factible de llevar a cabo en los años del valenciano— de lo que debía ser un estudioso, afianzada en el ejemplo de otros autores que, como Ambrosio de Morales, se convirtieron en sus modelos.

Pero a comienzos del siglo XIX, tras la Guerra de la Independencia y la experiencia de las Cortes, se hacía más difícil ser sólo un erudito dedicado al estudio sin participar en la sociedad, y Vargas, aunque sin los medios ni las aptitudes convenientes, intentó ponerse al día y participar en los asuntos literarios y políticos de la *res publica*. Si en su nueva vertiente de acción literaria no se mostró a la altura de las circunstancias, en la política sí lo estuvo. El deseo de Jovellanos de un escritor, un intelectual útil y participativo, se hacía realidad.

Pero, «quebrantadas sus fuerzas por la aplicación a bastantes comisiones, murió en la noche del 6 de febrero de 1821 a los 60 años de su edad. Tenía bellísimas cualidades, y sus propios talentos no eran a sus ojos sino derechos que había adquirido para ser más modesto, como dijo Buffon de otro sabio» (Cambiaso, 1829, p. 241). Murió cuando se abría una nueva etapa en España y tal vez en su vida, mientras otra época se debatía por surgir, durante los días en que se daba el motín contra la Guardia

de Corps, que sirvió para radicalizar más las ya encontradas posturas políticas; poco antes habían entrado en Madrid Quiroga y Riego.

Moría en la habitación que ocupaba como director de la Real Academia de la Historia, cuando ésta se encontraba en la Casa de la Panadería, Plaza Mayor de Madrid. Es significativo que, dedicado como estuvo a la literatura y a la Historia de forma tan intensa, acabara sus días en el centro desde el que podría haber dado forma a sus ambiciosos proyectos culturales: la Academia de la Historia.

BIBLIOGRAFÍA

Manuscritos.

José de VARGAS PONCE. *Apología de la literatura española en las Ciencias y Bellas Artes*. 1785. Real Academia de la Historia (RAH), sign. 9-4224 (4).

—*Carta a Cadalso sobre Los eruditos a la violeta*. RAH, sign. 9-4224 (1). Reproducida por José Simón Díaz. 1947.

—*Carta a Jovellanos sobre «La corneja sin plumas»*. RAH, sign. 9-4224 (8).

—*Discurso sobre el bello ideal de los pintores, escultores y poetas*. RAH, sign. 9-4223.

—*Discurso sobre las calidades que deben tener los elogios póstumos, ensayadas en el del Srmo. Infante D. Gabriel de Borbón*. RAH, sign. 9-4224 (7).

—*Elogio crítico de Ambrosio de Morales*. RAH, sign. 9-5906.

—*Examen puntual del famosísimo papel impreso*. Su título: «Las Musas en el Parnaso». Con su dedicatoria en latín, que hizo D. Manuel Rubio, presbítero. RAH, sign. 9-4214.

Impresos.

AA. VV. 1997. *Antonio de Sancha, 1720-1790. Reinventor de lecturas y hacedor de libros*, Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando / Calcografía Nacional.

ACTAS. 1964. *Actas de las Cortes de Cádiz*, ed. Enrique Tierno Galván, Madrid, Taurus, 2 vols.

Antonio ALCALÁ GALIANO. 1955. *Recuerdos de un anciano*, en *Obras escogidas de...*, I, ed. Jorge Campos, BAE, 83.

—1969. *Literatura española siglo XIX*, ed. Vicente Llorens, Madrid, Alianza Ed.

Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS. 1994. «El escritor según Tomás de Iriarte: su Plan de una Academia de Ciencias y Buenas Letras», *Anales de Literatura Española*, 10 (1994), pp. 9-35.

—1995a. «Los hombres de letras», en *La República de las Letras en la España del siglo XVIII*, Madrid, CSIC, pp. 19-61.

—1995b. «El Padre Francisco de Villalpando y el proyecto de fundación de una Academia de Ciencias y Letras de Madrid», en *Estudios dieciochistas en homenaje al profesor José Miguel Caso González*, I, Oviedo, Inst. Feijoo de Estudios del s. XVIII, pp. 43-55.

—1999. «Vargas Ponce no dirigió a Jovellanos su carta sobre *La corneja sin plumas*», *Dieciocho. Homenaje a John H.R. Polt* (en prensa).

[Juan Nicolás BÖHL DE FABER y José VARGAS PONCE]. 1814. *Donde las dan, las toman: en contestación a lo que escribieron Mirtilo y El Imparcial en el «Mercurio Gaditano», contra Schlegel y su traductor*, Cádiz, Imp. Tormentera.

Nicolás M^a de CAMBIASO Y VERDES. 1829. *Memorias para la biografía y para la bibliografía de la Isla de Cádiz*, I, Madrid, León Amarita, pp. 239-246.

Justo CANDILES. 1818. *Pasagonzalo entre burlas y veras al autor del tontorron-tón, por el bachiller...*, Cádiz, Imp. de Niel.

Guillermo CARNERO. 1978. *Los orígenes del Romanticismo reaccionario español: el matrimonio Böhl de Faber*, Universidad de Valencia.

—1990. «Plan de una Academia de Ciencias y Artes», en *Ignacio de Luzán. Obras raras y desconocidas*, I, Zaragoza, Inst. Fernando el Católico, pp. 139-184.

—1997. «Un texto desconocido de Antonio Alcalá Galiano en la polémica sobre el Romanticismo español», en *Estudios sobre el teatro español del siglo XVIII*, Prensas Un. de Zaragoza, pp. 251-277.

José Miguel CASO GONZÁLEZ. 1989. Estudio de *El Censor*, Oviedo, Inst. Feijoo de Estudios del siglo XVIII.

—1990. «Jovellanos ante la Revolución Francesa», en *Cultura hispánica y Revolución Francesa*, ed. Loreto Busquets, Roma, Bulzoni Ed., pp. 41-55.

Gonzalo CRESPO LÓPEZ-URRUTIA. 1995. «Contrarrevolución en Asturias durante la guerra contra la Convención Republicana (1793-1795)», en *Estudios dieciochistas en homenaje al profesor José Miguel Caso González*, I, cit., pp. 157-180.

Leopoldo Augusto de CUETO. 1875. *Poetas líricos del siglo XVIII*, III, BAE 67.

Georges DEMERSON. 1971. *Juan Meléndez Valdés y su tiempo (1754-1871)*, I, Madrid, Taurus.

Paula de DEMERSON. 1975. *María Francisco de Sales Portocarrero (condesa de Montijo). Una figura de la Ilustración*, Madrid, Editora Nacional.

Albert DÉROZIER. 1978. *Manuel José Quintana y el nacimiento del liberalismo*, Madrid, Turner.

Cristina DIZ-LOIS. 1967. *El Manifiesto de 1814*, Universidad de Navarra.

Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ. 1990. «La recepción de las ideas de la Revolución Francesa en Andalucía», en *Cultura hispánica y Revolución Francesa*, cit., pp. 29-40.

Fernando DURÁN LÓPEZ. 1997. *José Vargas Ponce (1760-1821). Ensayo de una bibliografía y crítica de sus obras*, Universidad de Cádiz.

Cesáreo FERNÁNDEZ DURO. 1894. «Noticias póstumas de D. José de Vargas Ponce y de D. Martín Fernández de Navarrete», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 24 (1894), pp. 500-546.

—1900. *Correspondencia epistolar de Don José de Vargas y Ponce y otros en materias de arte*, recogida por D. ..., Madrid, Vda. e hijos de Tello.

Martín FERNÁNDEZ DE NAVARRETE. 1848. «D. José de Vargas y Ponce», en *Colección de opúsculos del Excmo. Sr. D. ...*, II, Madrid, Viuda de Calero, pp. 197-207.

Conde de FLORIDABLANCA. 1856. *Obras originales del... y escritos referentes a su persona*, coleccionados por Ángel Ferrer del Río, BAE 59.

[Juan Pablo FORNER]. 1795. *La corneja sin plumas*. Fragmento póstumo del licenciado Paulo Ipnocausto (sic), Puerto de Santa María, Luis de Luque y Leyva.

—1970. *Los gramáticos. Historia chinesca*, ed. José Jurado, Madrid, Espasa-Calpe.

Bartolomé José GALLARDO. 1952. «Extractos y apuntes autógrafos de...», en Leopoldo Augusto de Cueto, *Poetas líricos del siglo XVIII*, II, BAE 63, pp. 269-272.

José GÓMEZ DE ARTECHE. 1868. *Historia de la Guerra de la Independencia*, I, Madrid, Imp. del Depósito de la Guerra.

[Gregorio GONZÁLEZ AZAOLA]. 1821. *Condiciones y semblanzas de los diputados a Cortes para la legislatura de 1820 y 1821*, Madrid, Imp. de Juan Ramos y Cía.

Julio GUILLÉN TATO. 1940. «Juan y Ulloa y los precedentes del siglo XVIII de la Real Academia de Ciencias», *Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, 34 (1940), pp. 440-460.

—1946. «Prólogo» a Vicente Vela, *Índice de la Colección de documentos de Fernández Navarrete que posee el Museo Naval*, Madrid, Instituto Histórico de la Marina.

—1952. «La “depuración” de D. José de Vargas y Ponce, en 1813», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 130 (1952), pp. 391-406.

—1961. *Perfil humano del capitán de fragata de la Real Armada D. José de Vargas y Ponce*, Madrid, Instituto de España / Magisterio Español.

Elizabeth Lady HOLLAND. 1910. *The Spanish Journal of...*, ed. by The Earl of Ilchester, London, Longmans, Green and Co.

—1973. *Los Tenientes de Navío Jorge Juan y Santacilia y Antonio Ulloa y de la Torre-Guiral y la medición del Meridiano*, Alicante, Caja de Ahorros.

Gaspar Melchor de JOVELLANOS. 1954. *Diarios*, II, estudio preliminar de Ángel del Río, ed. Julio Somoza, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos.

—1986. *Obras completas*, III, *Correspondencia*, edición de José Miguel Caso González, Oviedo, Centro de Estudios del Siglo XVIII.

Hans JURETSCHKE. 1951. *Vida, obra y pensamiento de Alberto Lista*, Madrid, C.S.I.C.

Juan MERCADER RIBA. 1983. *José Bonaparte, rey de España. 1808-1813. Estructura del Estado español bonapartista*, Madrid, C.S.I.C.

Ramón de MESONERO ROMANOS. 1994. *Memorias de un setentón*, eds. José Escobar y Joaquín Álvarez Barrientos, Madrid, Castalia / Comunidad de Madrid.

[Sebastián MIÑANO]. 1820. «Cartas del Madrileño», en *El Censor*, II, nº 12, del 21 de octubre de 1820, pp. 437-452.

—1968. *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*, ed. Valeriano Bozal, Madrid, Ed. Ciencia Nueva.

José Luis de PANDO VILLARROYA. 1984. *Asamblea Amistosa Literaria*, Madrid, Pando Ediciones.

Camille PITOLLET. 1909. *La querelle caldéronienne de Johan Nikolas Böhl von Faber et José Joaquín de Mora, reconstituée d'après les documents originaux*, Paris, Alcan.

Pedro ROCA. 1899. «Orígenes de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (Historia científica del primer gobierno de Fernando VI)», en *Homenaje a Menéndez Pelayo*, con un prólogo de Juan Valera, II, Madrid, V. Suárez, pp. 845-940.

Juan SEMPERE Y GUARINOS. 1789. *Ensayo de una biblioteca de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, VI, Madrid, Imp. Real, pp. 136-139.

Marqués de SEOANE. 1905. *Correspondencia epistolar entre D. José de Vargas y Ponce y D. Juan Antonio Ceán Bermúdez durante los años de 1803 a 1805*, Madrid, Tip. Fortanet.

José SIMÓN DÍAZ. 1947. «Documentos para la Historia de la Literatura Española. Vargas Ponce, erudito a la violeta», *Aportación documental para la erudición española*, 3ª serie, Madrid, C.S.I.C.

Ramón SOLÍS. 1987. *El Cádiz de las Cortes*, Madrid, Silex.

Inmaculada URZAINQUI. 1996. «Las "personalidades" y los malos modos de la

crítica en el siglo XVIII», en *El siglo que llaman ilustrado. Homenaje a Francisco Aguilar Piñal*, Madrid, CSIC, pp. 859-873.

Juan VALERA. 1912. *La poesía lírica y épica en la España del siglo XIX*, en *Obras completas*, XXXII, Madrid, Imp. Alemana.

[José VARGAS PONCE]. 1793. *Declamación contra los abusos introducidos en el castellano, presentada y no premiada en la Academia Española, año de 1791. Síguela una disertación sobre la lengua castellana, y la antecede un diálogo que explica el designio de la obra*, Madrid, Vda. de Ibarra.

[—] 1817. *Quinta edición de un papelón tontorrón tontorrontón*, contra un ensayo en la Sociedad Económica de Cádiz, del 11 de noviembre de 1817, para iluminar con gas que resulta del carbón piedra, Cádiz, Imp. de Niel.

[—] 1818. *Varapalo al pasagonzalo: última yusión al tontorrontón*. [Cádiz], Impr. de la Casa de Misericordia.

[—] 1820. *Los ilustres haraganes o apología razonada de los mayorazgos*, Madrid, Imp. que fue de Fuentenebro.

—1982. *Estados de vitalidad y mortalidad de Guipúzcoa en el siglo XVIII*, ed. Gonzalo Anes, Madrid, Real Academia de la Historia.

James Lyman WHITNEY. 1879. *Catalogue of the Spanish Library and the Portuguese Books requeathed by George Ticknor to the Boston Public Library...*, Boston, Press of Rockwell and Churchill.

Rudolf y Margot WITTKOWER. 1992. *Nacidos bajo el signo de Saturno*, Madrid, Catedra.